

*Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II:  
Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach  
y la crisis del partido alemán en la corte española  
(1696-1700)\**

José Antonio López Anguita

La muerte de María Luisa de Orleans en febrero de 1689 fue recibida por el que, en ese momento, era embajador imperial en Madrid, conde de Mansfeld, como un milagro para la Casa de Austria<sup>1</sup>. Para el diplomático alemán, el deceso de la reina suponía la desaparición del, hasta entonces, más importante soporte de la influencia francesa en el entorno más cercano de Carlos II, pero también posibilitaba un nuevo enlace del monarca con una princesa proclive a los intereses de la corte de Viena.

Entre los miembros del Consejo de Estado existía igualmente una corriente de opinión favorable al matrimonio del rey con una princesa alemana, en concreto con alguna de las hijas del elector palatino, Felipe Guillermo de Neoburgo<sup>2</sup>, cuya primogénita había casado en 1676 con Leopoldo I<sup>3</sup>. La francofobia imperante en la corte española terminó por decidir la designación de Mariana de

\* Este trabajo forma parte del proyecto I+D+I “Gestión del poder, patronazgo cortesano y capital financiero en la Monarquía Hispánica (1580-1715)” [HAR 2009-12963-C03-01], subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>1</sup> Cit. por DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid 1990, pp. 346-347.

<sup>2</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 8 de mayo de 1689 (AHN, Estado, leg. 2886 y G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*, Madrid 2004, I, pp. 70 y ss).

<sup>3</sup> Sobre las estrategias dinásticas de la Casa de Neoburgo, véase, J. J. SCHMID: “Beau-père de l’Europe: Les princesses dans la politique familiale et dynastique de Philippe-Guillaume de Neubourg”, en *XVIIe siècle* 243/2 (2009), pp. 267-279.

Neoburgo como segunda esposa de Carlos II. De hecho, uno de los argumentos empleado por los consejeros españoles para desestimar las nupcias del soberano con Mariana de Médicis e Isabel de Portugal, las otras candidatas que se le propusieran por esas fechas, fue el parentesco de ambas con la Casa de Francia <sup>4</sup>.

Para Viena, el matrimonio de una princesa de Neoburgo con el rey de España constituía un triunfo diplomático. Habida cuenta que durante el Antiguo Régimen uno de los pilares sobre los que sustentaba el poder fáctico de una soberana era su contacto cotidiano con su esposo, el rey <sup>5</sup>, convertir a la cuñada del emperador en reina de España contribuía de manera decisiva a fortalecer el ascendiente del partido alemán en la corte de Madrid. Asimismo, favorecía el reforzamiento de los vínculos familiares entre las dos ramas de la dinastía Habsburgo en una coyuntura de gran trascendencia para las relaciones internacionales europeas, la de los meses posteriores al estallido de la guerra de la Liga de Augsburgo, que enfrentó a la Monarquía hispánica y el Imperio, coligadas bajo la Gran Alianza, contra la Francia de Luis XIV.

A comienzos de la década de 1690, y respecto a la corte española, el gobierno imperial pretendía esbozar un sistema dinástico-diplomático que descansara

<sup>4</sup> Mariana de Médicis era hija del gran duque Cosme III de Toscana y de Margarita de Orleans, prima hermana de Luis XIV. En cuanto a la infanta Isabel de Portugal, a través de su madre, Francisca de Saboya-Nemours, estaba igualmente emparentada con la Casa de Borbón. Véase, Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 8 de mayo de 1689 (AHN, Estado, leg. 2886 y G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 70). También barón Lancier, enviado bávaro en la corte de Madrid, a Maximiliano Manuel de Baviera, Madrid, 9 de marzo de 1689, igualmente en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 56.

<sup>5</sup> Sobre el rol de la reina durante el Antiguo Régimen, así como los diferentes elementos sobre los que se sustenta su poder, tanto formal como informal, véase C. CAMPBELL-ORR: "Introduction", en C. CAMPBELL-ORR (ed.): *Queenhip in Europe, 1660-1815. The Role of the Consort*, Cambridge 2004, pp. 1-15. También son interesantes, por la posibilidad de extrapolarlas al caso español, algunas conclusiones extraídas por Fanny Cosandey en su estudio sobre las reinas de Francia y su estatus jurídico e institucional en el Estado moderno francés. Véase, F. COSANDEY: *La reine de France. Symbole et pouvoir*, París 2000. Para un estudio concreto acerca de las soberanas españolas, M<sup>a</sup> de los Á. PÉREZ SAMPER: "La figura de la Reina en la Monarquía española de la Edad Moderna: poder, símbolo y ceremonia", en M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN y G. FRANCO (coords.): *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica. Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna (Madrid, 2-4 de Junio de 2004)*, Madrid 2005, I, pp. 275-307.

sobre un binomio integrado por la reina consorte y su embajador destinado en Madrid, teniendo este último que ejercer como intermediario entre la soberana y el emperador. Por tanto, una relación fluida entre los dos era requisito obligado para que el funcionamiento del citado sistema fuera eficaz. Con todo, las dificultades de Mariana de Neoburgo para adaptarse al rol que desde Viena le asignaran fueron evidentes prácticamente desde el primer momento. Su actitud hacia los distintos diplomáticos designados por su cuñado fue casi siempre ambivalente y todos ellos debieron hacer frente al carácter independiente de la reina, cuando no a su franco rechazo y frontal oposición, como ocurrió con el conde de Lobkowitz y Aloys de Harrach <sup>6</sup>.

El objetivo de esta comunicación es, precisamente, analizar la relación de la soberana con dos de los embajadores de Leopoldo I en Madrid, los condes de Harrach, padre e hijo, quienes sucesivamente ostentaron la titularidad de la embajada imperial entre 1696 y 1700. Dicha relación, marcada por suspicacias y desconfianzas mutuas, sumada a la indecisión con que el gobierno austriaco gestionó numerosos problemas relativos a la sucesión española, fue determinante en la progresiva desintegración del partido alemán en la corte española y, a la postre, en el nombramiento por Carlos II de un heredero francés, el duque de Anjou.

*PRELIMINARES DE DOS EMBAJADAS.*

*EL CONDE DE LOBKOWITZ EN LA CORTE ESPAÑOLA*

Junto a la satisfacción de las esperanzas sucesorias del rey de España —que pocos creían pudieran llevarse a efecto—, para los ministros del emperador el fin principal del matrimonio de Carlos II con Mariana de Neoburgo había sido el de situar junto al monarca a una princesa capaz de influir favorablemente

<sup>6</sup> De ahí que Françoise Macquart no haya dudado en calificar a Mariana de Neoburgo como “la mejor y el peor agente del partido austriaco en Madrid”, véase, M.-F. MACQUART: *Le réseau français à la cour de Charles II d'Espagne: jeux diplomatiques de fin de règne. 1696/1700*, Thèse de Doctorat sous la direction du professeur J.-P. Amalric. Université de Toulouse Le Mirail, 1999, I, p. 314. Pese a que existe una edición publicada de la tesis de M.-F. MACQUART: *L'Espagne de Charles II et la France*, Toulouse 2000, en la elaboración de este trabajo hemos utilizado el texto original de la autora, consultado en la Biblioteca de la Casa de Velázquez (Madrid).

respecto a las posibilidades sucesorias del archiduque Carlos, segundogénito de Leopoldo I<sup>7</sup>. Se pretendía establecer entonces una suerte de “trunvirato” compuesto por la reina madre, el conde de Lobkowitz<sup>8</sup>, a la sazón embajador imperial, y la propia Mariana de Neoburgo, que debía contribuir al triunfo de dicha candidatura. Nada más lejos de la realidad. Poco después de que la nueva soberana llegara a Madrid, se hizo evidente que la colaboración de la que dependía el éxito de tal trunvirato no tendría lugar. Primero, por la falta de sintonía entre las partes que lo componían y, lo más importante, porque cada una de ellas parecía defender sus propias ambiciones e intereses, con frecuencia, enfrentados.

El carácter independiente de Mariana de Neoburgo, que le hacía poco proclive a someterse a la supervisión que desde Viena querían imponerle, tendría un peso decisivo en la quiebra de sus buenas relaciones con Mariana de Austria y Lobkowitz. La primera había esperado una nuera cuyo talante se aproximara más al de María Luisa de Orleans, esto es, marcado por la sumisión y la despreocupación hacia los asuntos de Estado, que aceptara sin ambages su ascendiente sobre su hijo, y por extensión, sobre la corte española. Es decir, deseaba que la de Neoburgo estableciera una relación de dependencia hacia ella, fundamentada en el respeto y reconocimiento de su posición en tanto que madre del rey y antigua gobernadora del reino. No obstante, desde el principio la nueva soberana confió más en los consejos de su “camarilla” –cuyos miembros más destacados eran el padre Gabriel de Chiusa, Enrique Wiser y la condesa de Berlips, alemanes como ella y que le habían acompañado en su viaje hasta Madrid–, que en los de su suegra<sup>9</sup>. Por su personalidad ambiciosa y dominante, Mariana de

<sup>7</sup> M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN: “Las mujeres en la vida de Carlos II”, en L. RIBOT (dir.): *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*, Madrid 2009, p. 126.

<sup>8</sup> Sucesor del conde de Mansfeld en la embajada imperial. Permaneció en el cargo desde 1690 hasta su sustitución por el conde Fernando Buenaventura de Harrach en 1697.

<sup>9</sup> Estos tres personajes eran los miembros más importantes de la “camarilla”, junto al doctor Geelen, médico de cámara de Mariana de Neoburgo, también alemán. El padre Gabriel era el confesor de la soberana y permaneció con ella hasta su destitución en 1701; Wiser ejerció entre 1691 y 1695 como su secretario y enviado del elector palatino en Madrid, siendo desterrado a instancias de Portocarrero. La Berlips, que actuara durante el viaje de la reina hasta Madrid en calidad de camarera mayor, permaneció junto a su señora durante casi una década, por lo que las sucesivas camareras de Mariana de Neoburgo, las duquesas de Alburquerque y Frías, debieron soportar su “presencia extraoficial pero oficiosa” junto a

Neoburgo no podía ver a la reina madre sino como una rival que, por otro lado, contaba con la ventaja de conocer mucho mejor que ella la corte y el gobierno de la Monarquía hispánica<sup>10</sup>.

En cuanto a Lobkowitz, consideraba que puesto que la soberana debía su posición al emperador –que había promovido su matrimonio con el rey de España– ésta se mostraría agradecida y defendería sus intereses en la corte española. Al igual que Mariana de Austria, estaba equivocado. Si bien fue recibido por la reina con las mayores muestras de cortesía, pronto percibió que había ciertos puntos de su misión, los de mayor trascendencia –entre los que se encontraba el de la sucesión–, en los que la soberana no estaba dispuesta a desempeñar su función de intercesora ante Carlos II. Constató igualmente que en ella prevalecía su condición de princesa palatina sobre la de cuñada de Leopoldo I y que, llegado el caso, no dudaría en dar prioridad a la promoción de los intereses de la Casa de Neoburgo en detrimento de los de la de Austria<sup>11</sup>.

Como telón de fondo, la falta de descendencia del monarca, cuya importancia se incrementó conforme pasaron los años y fue evidenciándose que éste no tendría herederos. Desde Viena se instó a Lobkowitz, y a través de él a la reina, a que se designara sucesor al archiduque antes del fin de la guerra de la Liga de Augsburgo<sup>12</sup>. Sin embargo, el nacimiento en 1692 del príncipe electoral José Fernando de Baviera, hijo de la archiduquesa María Antonia y sobrino nieto de

---

la soberana. En relación a esta situación, véase M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN: “Entre damas anda el juego: las camareras mayores de Palacio en la Edad Moderna”, en *Cuadernos de Historia Moderna* Anejo II (2003), p. 127.

<sup>10</sup> Respecto a las relaciones entre la reina y la reina madre, el padre Blandinières, *chargé de mission* (espía) de Luis XIV en España entre 1691 y 1698, escribió que no podía haber entre ambas ninguna reconciliación sólida y duradera porque tanto la una como la otra “quieren gobernar”, cit. por M.-F. MACQUART: *Le réseau français à la cour de Charles II d’Espagne...*, *op. cit.*, I, p. 310.

<sup>11</sup> Desde los primeros tiempos de su matrimonio con Carlos II Mariana de Neoburgo se dedicó a promover los intereses de su familia, tratando de obtener para sus hermanos la gobernación de los Países Bajos, el obispado de Lieja y el virreinato de Nápoles. Asimismo, la propia reina reconoció en una carta al elector palatino Juan Guillermo que haría todo lo posible para contribuir al “mayor realce de su propia Casa”, cit. por A. DE BAVIERA: *Mariana de Neoburgo, reina de España*, Madrid 1938, p. 89.

<sup>12</sup> Leopoldo I al conde de Lobkowitz. Viena, 16 de marzo de 1692, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 276.

Carlos II, posibilitó el surgimiento en la corte española del partido bávaro, cuya cabeza visible era la madre del rey y del que pasaron a formar parte el influente cardenal Portocarrero <sup>13</sup>, el duque de Montalto <sup>14</sup>, el conde de Oropesa <sup>15</sup> o el marqués de los Balbases <sup>16</sup>, entre otros <sup>17</sup>.

Tal situación no dejó de influir en el curso de la embajada de Lobkowitz, ya que a partir de ese momento dejó de contar con el apoyo de Mariana de Austria para el objeto principal de la misma: la sucesión habsbúrgica. Es cierto que la reina madre continuó agraciándole con su favor. Sin embargo, y pese a que en alguna ocasión se mostró esperanzado <sup>18</sup>, nunca logró convencerla para que cesara de promover los derechos sucesorios de su bisnieto de Baviera. Se abrió entonces un nuevo frente para el embajador en la corte española puesto que, en adelante, debió contar con la posibilidad de que en el transcurso de una de las frecuentes enfermedades del rey éste, instado por su progenitora, firmara un testamento favorable al príncipe bávaro.

El aislamiento del diplomático restaba eficacia a sus acciones. Los ministros españoles se mostraban cada vez más soliviantados ante la intervención imperial en la cuestión sucesoria. Los avances llevados a cabo por Lobkowitz, entre

<sup>13</sup> Luis Manuel Fernández de Portocarrero y Guzmán (1635-1709). Hijo de los condes de Palma del Río, cardenal desde 1669, arzobispo de Toledo (1677-1709), consejero de Estado desde 1677. Véase F. BARRIOS: *El consejo de Estado de la Monarquía Española, 1521-1812*, Madrid 1984, p. 394.

<sup>14</sup> Fernando de Aragón y Moncada, VIII duque de Montalto (1644-1713), capitán general de la caballería de Flandes, gentilhombre de cámara de Carlos II, presidente del Consejo de Indias (1693-1695) y del Consejo de Aragón desde 1695 y miembro del Consejo de Estado desde 1691 (*Ibidem*, p. 400).

<sup>15</sup> Manuel Joaquín Álvarez de Toledo y Portugal († 1708), VIII conde de Oropesa, gentilhombre de cámara de Carlos II, presidente de los Consejos de Italia y Castilla, consejero de Estado desde 1680, desterrado de la corte en 1691 (*Ibidem*, p. 399).

<sup>16</sup> Pablo Spínola Doria (1632-1699), III marqués de los Balbases, consejero de Estado y Guerra y mayordomo mayor de Mariana de Neoburgo hasta su muerte. Véase J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques des Grands d'Espagne*, Amsterdam 1707, p. 126.

<sup>17</sup> L. OLIVÁN SANTALIESTRA: *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*, Tesis doctoral inédita dirigida por M<sup>a</sup> V. López-Cordón Cortezo, Universidad Complutense de Madrid, 2006, p. 424.

<sup>18</sup> Conde de Lobkowitz al emperador. Madrid, 25 de junio de 1693, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 335.

1691 y 1693, en relación a una eventual convocatoria de Cortes que favoreciera el nombramiento del archiduque como heredero de Carlos II no fueron bien acogidos por los miembros del Consejo de Estado<sup>19</sup>. Además, la animadversión que Mariana de Neoburgo le profesaba no se atemperó con el paso del tiempo. La reina no dejó de manifestar públicamente su desagrado hacia él y en repetidas ocasiones solicitó a su hermana, la emperatriz, la remoción de Lobkowitz del cargo que ostentaba<sup>20</sup>. Los miembros de la “camarilla” no le trataron tampoco con mayores miramientos<sup>21</sup> e incluso fomentaron su mala relación con la soberana, en la creencia, cierta por otro lado, de que el embajador era partidario de su retorno a Alemania. En sus misivas a Viena, éste no había dejado de advertir al gobierno imperial sobre la necesidad de alejar de la reina a Wisser y Berlips, cuya permanencia en Madrid consideraba nociva para la causa austriaca<sup>22</sup>. Su codicia y los numerosos favores que recibían a través de su señora les habían acarreado el odio del pueblo y la corte, donde los cortesanos culpaban al emperador de permitir la presencia junto a Mariana de Neoburgo de aquellos a quienes ellos calificaban como “los malos lados de la reina”<sup>23</sup>.

<sup>19</sup> Según el duque de Maura, el fin de la convocatoria de Cortes promovida por Lobkowitz era eliminar de la carrera sucesoria al príncipe de Baviera, en base a las renunciaciones a sus derechos al trono español que su madre, la archiduquesa María Antonia, realizara con motivo de su matrimonio y su muerte. Véase DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 403.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 473.

<sup>21</sup> Morin a Prielmayer: “Nuestro conde de Lobkowitz sufre bastante mortificaciones, tanto por parte de Wisser como de la Berlips, y no puede intervenir como quisiera. En ningún acto de la corte es bien recibido. Los dos proceden de un modo muy grosero y creo con fundamento, que también la reina madre es mortificada por ello”. Madrid, 14 de mayo de 1693, cit. por A. DE BAVIERA: *Mariana de Neoburgo...*, *op. cit.*, p. 107.

<sup>22</sup> Principalmente, en sus cartas a Leopoldo I Lobkowitz cargaba contra el primero, al que acusaba de estar influenciado por el conde de Baños, contrario a los intereses imperiales. Según el diplomático, su odio hacia “el Cojo”, tal y como se conocía en la corte a Wisser, no podía ser pecado, puesto que se inspiraba en el daño que éste estaba haciendo a la Casa de Austria. Conde de Lobkowitz al emperador. Madrid, 9 de julio de 1693, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 339.

<sup>23</sup> L. RIBOT: “La sucesión de Carlos II. Diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII”, en L. RIBOT: *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*, Madrid 2006, p. 250.

Así las cosas, hacia 1696 todo parecía indicar que Lobkowitz había fracasado en el desempeño de la misión diplomática que se le encomendara. Enfermo y desautorizado en la corte, donde se le recibía con frialdad, apenas frecuentó el Alcázar en los últimos tiempos de su embajada. Su presencia en Madrid, como él mismo señalaba, había perdido todo su sentido puesto que la soberana y los cortesanos más influyentes desconfiaban de él y le ignoraban públicamente<sup>24</sup>. La muerte de la reina madre, acaecida en mayo de ese mismo año, llevó a los ministros de Leopoldo I a reconsiderar su destitución, en tanto en cuanto con el fallecimiento de Mariana de Austria parecía inaugurarse un nuevo periodo en las relaciones entre Madrid y Viena, pues con ella desaparecía el más importante adalid del partido bávaro en la corte española.

Por tanto, antes de que los condes de Harrach iniciaran sus respectivas embajadas, la coyuntura no era favorable para la Casa de Austria. La presencia de una reina sometida a los dictados de su “camarilla” y enemistada con la mayor parte de los Grandes y Títulos más influyentes; el auge de la facción bávara y el ambiente de intrigas reinante en la corte madrileña, dividida en banderías a menudo enfrentadas entre sí o aliadas de manera circunstancial y esporádica, dificultaron sobremanera su misión, que no era otra que el nombramiento del archiduque Carlos como sucesor de Carlos II. A todo ello hay que añadir que los conatos de intervención de los embajadores austriacos en el gobierno de la Monarquía española habían minado su crédito ante la clase dirigente hispana y generado todo tipo de suspicacias, revelando que las relaciones entre las dos ramas de la dinastía Habsburgo se habían enfriado inexorablemente en el último cuarto del siglo XVII<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Tal y como relataba el enviado bávaro, Lancier, a su señor. Madrid, 26 de agosto de 1696, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 563.

<sup>25</sup> Véase al respecto la contribución de E. SOLANO CAMÓN: “Una nueva aproximación en torno a las relaciones políticas entre la Corte madrileña y Viena en el último cuarto del siglo XVII”, que se incluye en esta misma obra.



*DIMENSIÓN E IMPORTANCIA POLÍTICA DE LAS EMBAJADAS  
DE LOS CONDES DE HARRACH EN MADRID.  
EL PESO DE LOS “PROBLEMAS HEREDADOS”*

Tomada la decisión de cesar a Lobkowitz, los ministros del emperador barajaron varios candidatos para sustituirle: los condes de Harrach, Mansfeld, Sinsendorf y Wallenstein. Los dos últimos fueron desestimados a causa de su juventud e inexperiencia para llevar a cabo una misión de tal importancia, ya que lo que se requería en esos momentos era un diplomático avezado, capaz de concluir cualquier asunto incluso sin aguardar el consentimiento tácito de la corte de Viena<sup>26</sup>. La cuestión vino a reducirse entonces a los dos primeros. De estos, Mansfeld, pese a que contaba con el beneplácito de Mariana de Neoburgo, a la que había acompañado en su viaje hasta Madrid en 1689, gozaba de escasas simpatías en la corte española, donde los favores que obtuviera gracias a la mediación de la reina le habían granjeado el rechazo de los Grandes<sup>27</sup>. Por tal razón, el nombramiento recayó en Fernando Buenaventura de Harrach, caballero del Toisón de Oro desde 1665<sup>28</sup>, caballero mayor y consejero privado de Leopoldo I, que fuera embajador en la corte madrileña entre 1673 y 1677. Pese a fracasar en la misión que en aquel momento se le encomendara, la negociación del matrimonio de Carlos II con la archiduquesa María Antonia, era bien visto en España por su prudencia y buenas maneras<sup>29</sup>. Pero éste no partió de inmediato a su destino. Le precedió su hijo primogénito, Aloys Luis<sup>30</sup>, enviado a Madrid con la excusa de presentar a los reyes el pésame del emperador por la muerte de la reina madre, aunque en realidad venía con objeto de preparar la

<sup>26</sup> *Mémoires et négociations secrètes de Ferdinand Bonaventura, comte d'Harrach, ambassadeur plenipot. de Sa Majesté Impériale à la cour de Madrid. Pour Monsr. De la Torre*, La Haya 1720, I, p. 45.

<sup>27</sup> *Ibidem*, I, p. 46, y DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 374.

<sup>28</sup> P. MOLAS RIBALTA: “Austria en la orden del Toisón de Oro, siglos XVI-XVII”, en *Pedralbes* 26 (2006), p. 138.

<sup>29</sup> L. OLIVÁN SANTALIESTRA: “Pinceladas políticas, marcos cortesanos: el diario del conde de Harrach, embajador imperial en la Corte de Madrid (1673-1677)”, en *Cultura escrita y sociedad* 3 (2006), pp. 113-132.

<sup>30</sup> Nacido en 1669, desde 1694 había desempeñado el cargo de embajador imperial ante la corte del elector de Sajonia en Dresde.

llegada de su padre e informar al gobierno austriaco de la verdadera situación de la corte española.

Las instrucciones que desde Viena entregaron a Fernando Buenaventura de Harrach, en sustancia las mismas que apenas un año después se confiaran a su hijo, aportan una idea exacta acerca de la magnitud y dificultad de sus embajadas<sup>31</sup>. El contenido de las mismas revela no sólo la trascendencia que la cuestión sucesoria poseía para la corte imperial, sino también la firme voluntad de ésta de intervenir, a través de su embajador y de la reina, en la toma de decisiones que afectaban a la política interior y exterior de la Monarquía hispánica. De entrada, Fernando de Harrach debía instar a los consejeros españoles a superar su desunión y sus enemistades personales, “verdadera causa de las desgracias que asolan a los pueblos de España desde hace mucho tiempo”<sup>32</sup>, tratando de reconciliar a Portocarrero y al conde de Monterrey<sup>33</sup> con Mariana de Neoburgo, a la que estaban enfrentados desde la famosa consulta del 4 de enero de 1695, mediante la que el cardenal había solicitado al rey la expulsión del país de la “camarilla”, Lobkowitz incluido<sup>34</sup>.

Otro de los puntos concernía a la neutralidad de Cataluña, que el embajador tenía que procurar retardar hasta que el archiduque Carlos fuera designado heredero. Igualmente, y en caso de que fuera imposible traerle a Madrid para ser educado junto a los reyes, debía obtenerse su nombramiento como gobernador del Milanesado, asegurando así las posesiones españolas en el norte de Italia, amenazadas por el tratado de Turín firmado entre Francia y Saboya unos meses antes. De este modo, la corte imperial supeditaba al problema sucesorio la mayor parte de la embajada de Fernando Buenaventura de Harrach, tal y como

<sup>31</sup> Las instrucciones completas, en *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, pp. 48-53.

<sup>32</sup> *Ibidem*, I, p. 51.

<sup>33</sup> Juan Domingo Méndez de Haro y Guzmán (1640-1716), VI conde de Monterrey, gentilhomme de cámara de Carlos II, capitán general de la armada de los Países Bajos, gobernador de los Países Bajos (1670), virrey de Cataluña (1677), presidente del Consejo de Flandes y consejero de Estado desde 1693, era, por tanto, uno de los Grandes más influyentes y poderosos de la corte de Carlos II (F. BARRIOS: *El consejo de Estado...*, *op. cit.*, p. 402 y J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques...*, *op. cit.*, p. 204).

<sup>34</sup> En concreto, el cardenal instaba al rey a tomar “la buena resolución de desarraigar esta mala semilla”; en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 457. Cit. también por A. R. PEÑA IZQUIERDO: *De Austrias a Borbones. España entre los siglos XVII y XVIII*, Astorga 2008, p. 85.

después haría en la de su sucesor. Así parece corroborarlo la actitud de Viena ante el posible envío de tropas alemanas que auxiliaran las posesiones españolas. En principio, éste sólo se haría efectivo si el rey nombraba como su heredero al segundogénito de Leopoldo I <sup>35</sup>.

Al mismo tiempo, las instrucciones también contenían ciertas contradicciones. Mientras que se ordenaba a Harrach reforzar el círculo de partidarios de la reina con la inclusión en el mismo del cardenal Portocarrero y Monterrey, se le conminaba a ganarse el favor de la Berlips y el almirante de Castilla <sup>36</sup>, incondicionales de la soberana, manifestándoles que la corte de Viena reconocería, en sus personas y en las de sus descendientes, sus desvelos “al sostener los derechos incontestables del archiduque” <sup>37</sup>. Es decir, se intentaba crear un partido fuerte y fiel al emperador que, encabezado por Mariana de Neoburgo, fuera capaz de hacer frente a la preponderancia de la bandería bávara en la corte española. Pero, y es ahí donde estribaba el error de los ministros imperiales, éstos no se plantearon que resultaría sumamente complicado que enemigos irreconciliables como el cardenal, el almirante y la condesa de Berlips, superaran sus mutuos recelos y colaboraran en aras de un objetivo común. Además, Harrach había de obtener del rey el retorno de Oropesa, exiliado en 1691 a instancias de Leopoldo I por su tibieza hacia los intereses imperiales <sup>38</sup>. Por tanto, en Viena parecían tener una visión distorsionada acerca de cuanto sucedía en la corte española, consecuencia quizás del aislamiento al que el conde de Lobkowitz se había visto abocado en los últimos tiempos de su estancia en Madrid.

Ello se hizo evidente poco después de que ambos Harrach se instalaran en la embajada. Padre e hijo cayeron rápidamente en la cuenta de que la situación no era en absoluto favorable a la Casa de Austria <sup>39</sup>. El partido bávaro, pese a la

<sup>35</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, p. 49.

<sup>36</sup> Don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, IX almirante de Castilla, VII duque de Medina del Rioseco (1646-1705), gentilhombre de cámara de Carlos II y caballero mayor, gobernador del Milanesado, virrey de Cataluña, embajador en Roma, consejero de Estado desde 1691. Muy cercano a la reina Mariana de Neoburgo, era uno de los hombres más influyentes de la corte y cabeza de la “camarilla”, lo que le enfrentó a la facción portocarrereña.

<sup>37</sup> *Ibidem*, I, p. 50.

<sup>38</sup> *Ibidem*, I, p. 50.

<sup>39</sup> Véanse al respecto las cartas de la condesa de Berlips al elector palatino, fechadas en Madrid, los días 11 de octubre de 1697 y 14 de marzo de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 680 y II, p. 725.

muerte de la madre del rey, contaba aún con un importante número de adeptos entre la nobleza. Es más, incluso los partidarios del emperador daban por cierta la existencia de un testamento, firmado por Carlos II en el transcurso de su última enfermedad, favorable a Baviera. Dicho testamento, revelaba a las claras que el consejo español cuestionaba la exclusividad de los derechos del archiduque y no reconocía la validez de la renuncia efectuada a instancias del emperador por la archiduquesa María Antonia en 1692<sup>40</sup>.

Por otro lado, la impopularidad de la reina y los miembros de la “camarilla”, a los que se identificaba con la causa imperial, era mayor de lo que habían esperado<sup>41</sup>. Los ministros y el pueblo culpaban a Mariana de Neoburgo y al almirante de Castilla, su “hechura”, del desorden reinante en el gobierno e incluso de las enfermedades del rey<sup>42</sup>. Las faltas de respeto hacia la soberana, a menudo públicas, eran cada vez más reiteradas y ya nadie confiaba en sus “supuestos” embarazos, vistos como un fútil subterfugio empleado por la condesa de Berlips, con la aquiescencia de su señora, para obtener cualquier gracia, merced o nombramiento de Carlos II<sup>43</sup>.

Asimismo, y en relación con la “camarilla”, los Harrach no tardaron en comprobar cuán acertado había estado Lobkowitz al demandar a Viena su expulsión de España. Portocarrero y la mayor parte de los cortesanos más influyentes no

<sup>40</sup> L. OLIVÁN SANTALIESTRA: “El fin de los Habsburgo: crisis dinástica y conflicto sucesorio en la Monarquía hispánica (1615-1700)”, en J. M. NIETO SORIA y M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN (eds): *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito monárquico (1250-1808)*, Madrid 2008, p. 61.

<sup>41</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, p. 83.

<sup>42</sup> Véanse las cartas del doctor Geelen al elector palatino, Madrid, 27 de septiembre de 1696; la condesa de Berlips al mismo, Madrid, 17 de julio de 1698 y Pedro González a Prielmayer, Madrid, 6 de junio de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 776 y 805.

<sup>43</sup> En este sentido, Wiser escribió al elector palatino a comienzos de enero de 1695 que, cuando el rey dijo al duque de Montalto que la “reina había tenido en el espacio de 14 meses tres abortos [éste] le contestó que nadie lo creía”. Apenas un año y medio después, en el verano de 1696, el doctor Geelen confesaba también al elector que “mantenía las mismas reservas” respecto a un nuevo embarazo de la soberana. “Se dice -escribió-, que todo ello es obra de la Berlips para procurar a la Reina la renta de 200.000 escudos que tenía su suegra [sobre el tabaco]. De esa suma percibiría ella 15.000 pistolas y el resto se enviaría a los hermanos de la Reina”. Ambas cartas en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, pp. 456 y 557.

habían cesado de reclamar al monarca el alejamiento de Berlips, cuyo ascendiente sobre la reina había aumentado progresivamente, contribuyendo a aislarla y enfrentarla con los más importantes partidarios del emperador, algunos de los cuales, en respuesta, habían pasado a engrosar las filas del partido bávaro.

De tal manera, Fernando y Aloys de Harrach se encontraron con una serie de problemas con los que no contaban al iniciar su embajada, problemas que podríamos definir como “heredados”. Estos eran resultado de la frustración del pretendido “triumvirato” al que se ha aludido en el epígrafe anterior, así como del parco empeño puesto por la corte imperial a la hora de gestionar los inconvenientes surgidos durante la etapa Lobkowitz. En muchos aspectos, las instrucciones que padre e hijo recibieron de Viena no correspondieron con la realidad que se vivía en Madrid, de ahí que en determinados momentos ambos actuaran al margen de lo que dictaban los ministros imperiales, sobre todo en cuanto a sus relaciones con la reina y ciertos miembros de su entorno más próximo, como la condesa de Berlips o el almirante de Castilla.

La historiografía ha reconocido de manera unánime la falta de visión política de Leopoldo I y sus embajadores a la hora de abordar la cuestión sucesoria española, contraponiéndola, con frecuencia, a la astucia y habilidad con que la diplomacia de Luis XIV manejó el mismo problema. En este sentido, el duque de Maura o Luis Ribot subrayaron en su día la escasa capacidad de los Harrach, sobre todo del conde Aloys Luis, para llevar a buen puerto el objetivo principal de sus embajadas<sup>44</sup>. Con todo, cabe preguntarse si el fracaso de padre e hijo al frente de las mismas se debió tanto a sus cualidades personales como a la difícil coyuntura en que iniciaron sus respectivas misiones diplomáticas, fruto en gran medida de la percepción de Viena en relación a las posibilidades del archiduque Carlos de cara a la sucesión de Carlos II. A lo largo de la década de 1690, el gobierno de Leopoldo I permaneció prácticamente impasible ante las advertencias de sus embajadores a tenor de la paulatina pérdida de apoyo popular y nobiliario de la causa imperial en Madrid, en la errónea creencia de que el influjo de

<sup>44</sup> Véanse DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 606 y L. RIBOT: “La sucesión de Carlos II...”, *op. cit.*, pp. 236, 257-258, el clásico de J.-B. CAPEFIGUE: *Louis XIV, son gouvernement et ses relations diplomatiques avec l'Europe*, Paris 1844, II, p. 159, o los más recientes estudios de L. BÉLY: “La présence et l'action des ambassadeurs de France dans le gouvernement de Philippe V d'Espagne”, en *L'art de la paix en Europe. Naissance de la diplomatie moderne, XVIe-XVIIIe siècle*, Paris 2007, p. 391 y A. ÁLVAREZ LÓPEZ: *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España*, Madrid 2008.

la reina sobre su esposo y los vínculos familiares de ambos con la Casa de Austria bastarían para que el archiduque fuera nombrado heredero. Los ministros del emperador demostraron con ello que su señor no era capaz de responder favorablemente a las expectativas de la Monarquía hispánica, al contrario que el rey de Francia o el elector de Baviera, por ejemplo. De ahí la importancia que debe otorgarse a las circunstancias propias del momento en que los Harrach comenzaron sus embajadas, mediatizadas por una serie de cuestiones y procesos que venían de tiempo atrás y que, sumado a sus malas relaciones con Mariana de Neoburgo, las abocaron al fracaso.

*EVOLUCIÓN Y ETAPAS DE LAS RELACIONES  
ENTRE MARIANA DE NEOBURGO Y LOS CONDES DE HARRACH*

Sintetizar las relaciones entre Mariana de Neoburgo y los condes de Harrach supone atender a los problemas que, progresivamente, las fueron enrareciendo. La proliferación de facciones en la corte española, que afectaba a la actividad del Consejo de Estado, carente de una línea de actuación política coherente; la independencia de criterio de la soberana y su enfrentamiento con la alta nobleza y la propia evolución de la cuestión sucesoria, mediatizada por la indeterminación del rey a designar un heredero, fueron factores que incidieron en el desarrollo de las mismas. No obstante, llegados a este punto conviene introducir un matiz diferenciador entre la embajada de Fernando Buenaventura de Harrach y la de su hijo, Aloys, ya que la coyuntura a la que uno y otro debieron hacer frente, y en consecuencia su comportamiento, fueron diferentes.

Harrach padre o “viejo”, como también se alude a él en la documentación, permaneció en Madrid desde finales de la primavera de 1697 hasta otoño de 1698. Pese a que en ese periodo constató el desorden en que se encontraban los asuntos españoles, la impopularidad de la causa imperial y la frialdad con que en ocasiones la soberana servía a los intereses del emperador, su prudencia le llevó a evitar un enfrentamiento directo con Mariana de Neoburgo y los miembros de la “camarilla” (principalmente con los más influyentes, el almirante, la condesa de Berlips y el padre Gabriel). Es más, en sus misivas a Viena, el diplomático alemán no pareció culpabilizar a la reina del evidente fracaso de su misión. Al contrario, subrayó su buen talante y predisposición a la colaboración, siendo los consejeros de Estado el blanco más frecuente de sus críticas.

La situación varió sustancialmente con su sucesor. Aloys de Harrach se instaló oficialmente en la embajada en octubre de 1698 y su carácter impulsivo, estimulado por la laxitud con que en esa época la reina defendió los derechos sucesorios del archiduque, le movieron a desconfiar de la actitud de Mariana de Neoburgo prácticamente desde el primer momento. Así, si durante su primera estancia en Madrid<sup>45</sup> el embajador había destacado la consagración de la reina “al magno asunto de la sucesión”<sup>46</sup>, los contactos de ésta con el enviado bávaro, Bertier, le hicieron albergar sospechas respecto a su lealtad al partido alemán. Con todo, el antagonismo entre ambos no fue aún manifiesto.

La paulatina vinculación de Harrach hijo a la facción portocarrereña de la corte, enfrentada a la soberana y su “camarilla”, desde finales del otoño de 1698, marcó un punto de inflexión en sus relaciones con Mariana de Neoburgo. La defensa de Aloys al alejamiento del almirante, Berlips y el padre Gabriel, inauguró una fase de confrontación abierta que mediatizó el resto de su embajada. La muerte del príncipe de Baviera (febrero de 1699), dio origen a una breve reconciliación de la reina con el embajador, que terminó saldándose con el destierro del almirante en mayo de 1699, así como con la negativa de la primera a incluir en la nueva planta del Consejo de Estado, que sucedió a la caída del conde de Oropesa, a los candidatos propuestos por Harrach. A este hecho sucedió un nuevo intento de conciliación, motivado por el deseo de la soberana de dar una cómoda salida de la corte a la condesa de Berlips. Éste estuvo determinado por la franca oposición del embajador a la reina, que, aunque tras la publicación del tratado de Reparto (junio de 1700)<sup>47</sup> se mostró más adepta que nunca a la causa imperial, continuó negándose a acatar los consejos de Aloys de Harrach, que pasaban por su alejamiento del poder y su entendimiento con grandes como Monterrey y Leganés, a quienes el diplomático consideraba proclives a los intereses del emperador y partidarios de la candidatura del archiduque a la sucesión.

<sup>45</sup> Recuérdese, inmediatamente posterior al óbito de la reina madre y previa a la venida de su padre, esto es, entre otoño de 1696 y primavera de 1697.

<sup>46</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 8 de noviembre de 1696, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 585.

<sup>47</sup> Suscrito por Francia, Inglaterra y Holanda en marzo de 1700. En relación a las negociaciones que le sucedieron, véase el clásico estudio de H. REYNALD: *Succession d'Espagne, Louis XIV et Guillaume III: histoire des deux traités de partage et du testament de Charles II d'après la correspondance inédite de Louis XIV*, 2 vols., Paris 1883.

A esta última etapa, que coincide con el desenlace de la misión en Madrid de Harrach hijo, pondrían fin abruptamente la designación como heredero del duque de Anjou y la muerte del rey (noviembre de 1700), lo cual, como se verá a continuación, el embajador achacó a Mariana de Neoburgo, a quien en sus cartas a su padre acusó de traicionar a la Casa de Austria.

*EMBAJADA DE FERNANDO BUENAVENTURA DE HARRACH EN MADRID:  
UNA REINA “QUE NO DEJA DE LA MANO EL ASUNTO DE LA SUCESIÓN”*

Aloys de Harrach se instaló en Madrid a comienzos del otoño de 1696. El objeto de su misión era, como ya se apuntó, informar a su gobierno acerca de la verdadera situación de la corte española y preparar la llegada de su padre, Fernando Buenaventura. En esta etapa, caracterizada por la buena sintonía entre la reina, la “camarilla” y los Harrach, tres representantes del emperador simultanearon su presencia en la capital española por un breve lapso de tiempo: Aloys y Fernando Buenaventura de Harrach, en calidad de embajadores extraordinario y oficial, y Lobkowitz, que aún continuaba en Madrid ultimando su regreso a Viena. No obstante, las circunstancias de los tres eran diferentes. El descrédito y aislamiento de Lobkowitz en la corte madrileña eran un hecho por aquél entonces, de ahí que padre e hijo mantuvieran un escaso contacto con él, llegando Aloys de Harrach a recomendar al gobierno austriaco que agilizara la retirada del embajador saliente <sup>48</sup>.

Poco después de su llegada, Harrach hijo fue recibido en audiencia secreta por Mariana de Neoburgo. En la misma, si bien ambos reconocieron la crítica situación en que se encontraba la causa imperial, se mostraron optimistas. La soberana alabó el nombramiento de Fernando de Harrach, a lo que su hijo respondió que traía instrucciones del emperador de no emprender nada sin su anuencia <sup>49</sup>. Apenas dos semana después, tuvo lugar una nueva entrevista, esta vez tras el besamanos celebrado con motivo del cumpleaños del rey, y al que Harrach, como muestra de favor real, pudo asistir pese a no haber realizado aún su entrada pública. En dicha entrevista, Aloys instó a la reina a cubrir las vacantes

<sup>48</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 24 de mayo de 1697, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 629.

<sup>49</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 8 de noviembre de 1696 (*Ibidem*, I, p. 582).



en el Consejo de Estado, por muerte o jubilación de sus titulares, con “ministros seguros, de buena intención y probada lealtad”<sup>50</sup>, es decir, por destacados partidarios de la Casa de Austria. Ante el talante de la soberana, el diplomático la describió como “consagrada por entero al magno asunto de la sucesión”<sup>51</sup>. Gracias a la información que tanto ella, como la condesa de Berlips y el padre Gabriel le proporcionaron, conoció la inclinación de los consejeros hacia el príncipe bávaro, especialmente del cardenal Portocarrero, el conde de Aguilar (Frigiliana)<sup>52</sup> y el marqués de los Balbases, quienes sostenían “que nadie puede alegar mejor derecho que el de Baviera”<sup>53</sup>.

Así, en estos primeros momentos de la embajada, todo eran buenas intenciones en el seno del partido alemán. Cortesía y cooperación fueron la tónica dominante y los únicos opositores a las acciones emprendidas por Harrach se encontraron en el Consejo de Estado, donde la opinión del cardenal y sus adláteres comenzaba a imponerse. En cuanto a la reina, era informada por el embajador de la marcha de la guerra en Luxemburgo y Cataluña, con vistas a que pudiera apoyar los designios del emperador, a lo que la soberana se aplicó con éxito en la primavera de 1697<sup>54</sup>.

Respecto a la sucesión, la actitud de Mariana de Neoburgo era igualmente conciliadora, tanto que en la corte comenzó a hablarse de la próxima venida del archiduque<sup>55</sup>. Su objetivo era lograr de las Cortes carta blanca en el nombramiento de

<sup>50</sup> G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 585.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> Rodrigo Manrique de Lara, II conde de Frigiliana, conde de Aguilar consorte, consejero de Estado desde 1691 y presidente del Consejo de Aragón desde 1695, tras caer el duque de Montalto en desgracia. Frigiliana pertenecía al grupo de los colaboradores de la reina madre. Curiosamente, su hijo, conocido como conde de Aguilar, era considerado una de las “hechuras” de Mariana de Neoburgo (J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques...*, *op. cit.*, p. 174).

<sup>53</sup> *Ibidem*.

<sup>54</sup> “La reina consiguió desbaratar el pacto de neutralización de Cataluña, contra la mayoría de los Ministros favorables a él, pero no se hacen prevenciones ningunas, hasta se ha desistido de las levas y arbitrio de medios de que se estaba tratando”. Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 12 de abril de 1697, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 617.

<sup>55</sup> Condesa de Berlips a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 12 de abril de 1697 (*Ibidem*, I, p. 616).

un sucesor, paso previo para que ella pudiera influir sobre su esposo a favor del segundogénito de Leopoldo I <sup>56</sup>. Meses después, la reina continuaba manteniéndose leal y comunicaba a Harrach que había decidido no volver a hablar al rey del asunto hasta que la jornada a Aranjuez, prevista para finales de abril, le concediera la privacidad necesaria para tratar cómodamente el tema. Por su parte, los consejeros, repuesto Carlos II de su enfermedad, habían dejado de plantear el problema sucesorio. Sus prioridades se centraban ahora en la paz con Francia y temían que un posicionamiento claro de la corte española de cara a la herencia del monarca pusiera en peligro la firma de un armisticio <sup>57</sup>.

Con todo, la necesidad de que Fernando Buenaventura de Harrach se asentara definitivamente en Madrid comenzó a imponerse en mayo de 1697. Por estas fechas, la condesa de Berlips informaba al Elector palatino de las maniobras iniciadas por los consejeros con el fin de evitar la venida de Harrach padre y su sustitución por otro embajador cuyo objetivo principal no fuera instar al rey a designar un heredero <sup>58</sup>.

Así, cuando Fernando de Harrach llegó a finales de ese mes, el optimismo reinante en la facción imperial comenzaba a desvanecerse. En sus cartas a Juan Guillermo del Palatinado, Berlips comentaba que el nuevo embajador había encontrado la corte española muy cambiada y que tendría “harto trabajo” <sup>59</sup> para llevar a buen puerto sus cometidos <sup>60</sup>.

Pese a la tibia acogida que la alta nobleza le dispensó, Harrach padre fue recibido en audiencia privada por los reyes, ante quienes expuso los principales puntos de su misión. La reacción de éstos al abordar la cuestión sucesoria no

<sup>56</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 22 de noviembre de 1696 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 589). Respecto al papel de las Cortes en la sucesión de Carlos II, véase L. M<sup>a</sup> GARCÍA-BADELL ARIAS: “La sucesión de Carlos II y las Cortes de Castilla”, en *Cuadernos de Historia del derecho* 13 (2006), pp. 111-154.

<sup>57</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 12 de abril de 1697, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 617.

<sup>58</sup> Condesa de Berlips al elector palatino Juan Guillermo. Madrid, 24 de mayo de 1697 (*Ibidem*, I, pp. 627-628).

<sup>59</sup> Condesa de Berlips al elector palatino Juan Guillermo. Madrid, 6 de junio de 1697 (*Ibidem*, I, p. 631).

<sup>60</sup> Condesa de Berlips al elector palatino Juan Guillermo. Madrid, 26 de junio de 1697 y 20 de julio de 1697 (*Ibidem*, I, pp. 636 y 644).

fue muy alentadora, puesto que le recomendaron se abstuviera de hablar sobre ella con los consejeros hasta que se “dispusieran las cosas necesarias para el feliz resultado de una negociación tan importante”<sup>61</sup>. Ello no fue óbice para que el diplomático acometiera la ejecución de otros aspectos de su embajada: la obstaculización del cese de las hostilidades con Francia, la demora de la neutralidad de Cataluña y el envío de tropas imperiales que auxiliaran dicha provincia. Para ello, durante el verano de 1697 se reunió con los representantes de los principales órganos de gobierno de la monarquía y el partido alemán, a los que instó a tomar medidas efectivas para impedir la toma de Barcelona por los ejércitos franceses. En esta primera fase de conversaciones, Fernando de Harrach entró en contacto con Portocarrero, que le advirtió del odio imperante en la corte contra los alemanes, de lo que culpabilizó no sólo a Berlips y el padre Gabriel de Chiusa, también a la reina<sup>62</sup>, que les brindaba su protección. El descontento contra la “camarilla” era unánime. No obstante, el embajador continuaba confiando en sus miembros y mantenía una actitud deferente hacia Mariana de Neoburgo y la condesa de Berlips.

Pero las iniciativas llevadas a cabo por Harrach en el verano de 1697 no obtuvieron ningún resultado<sup>63</sup>. En sus cartas a Leopoldo I, el conde reconocía su impotencia a la hora de hacer cambiar de opinión a los ministros españoles respecto a la firma de la paz. Según Harrach, si bien estos admitían el peligro en que se encontraba la Monarquía, no se creían capaces de encontrar remedio a la situación, ni tampoco de proponerlo, acusando al gobierno imperial de haber abandonado a España a su suerte después de que ésta “se hubiera sacrificado voluntaria y generosamente por los intereses de la muy Augusta Casa de Austria”<sup>64</sup>. Su actitud, como puede verse, era parecida a la ensayada en su momento con el conde de Lobkowitz y hacía patente la escasa conformidad de Madrid

<sup>61</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, pp. 56-57.

<sup>62</sup> *Ibidem*, I, p. 56.

<sup>63</sup> Tanto es así que por esas mismas fechas, Berlips y el doctor Geelen, médico de cámara de Mariana de Neoburgo, informaban al elector palatino del incremento de partidarios de la sucesión francesa y de la desesperada situación de la causa imperial, tan sólo defendida por la reina. Condesa de Berlips y doctor Geelen al elector palatino, ambas cartas fechadas en Madrid, 2 de agosto de 1697, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, p. 649.

<sup>64</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, pp. 85 y 90.

a someterse a la injerencia del emperador en el tratamiento de negocios que sólo competían a la administración española.

La proposición del emperador de enviar tropas alemanas que auxiliaran las provincias más amenazadas de la Monarquía, Italia y Cataluña, fue acogida con frialdad por el Consejo, que iba deviniendo mayoritariamente profrancés. A lo largo del verano, Harrach presionó sobre Portocarrero para que la oferta imperial fuera aceptada<sup>65</sup>. Sin embargo, las gestiones del embajador, apoyadas por la reina, chocaron con la cautela de los consejeros, quienes expusieron que antes de solicitar el envío, era necesario “atender la forma de trasladarlas y mantenerlas”. Algunos como el conde de Frigiliana dudaron incluso que el ejército del emperador estuviera en condiciones de prescindir de los ocho o diez mil soldados que se proponía enviar<sup>66</sup>. Como quiera que desde Viena insistieran en que el transporte y soldada de las tropas debían ser cubiertos por la hacienda española, el asunto terminó por quedar en suspenso hasta la muerte del rey, sin que tampoco hubiera un rechazo formal por parte del gobierno español.

A lo largo de 1698 Fernando de Harrach no alcanzó mayores satisfacciones en su embajada. Con el fin de reforzar la opinión favorable a la sucesión imperial en el Consejo de Estado, logró promover con éxito una efímera reconciliación de Portocarrero y Montalto con el almirante, así como la vuelta de Oropesa de su exilio<sup>67</sup>. Sin embargo, sus relaciones con la “camarilla” comenzaron a resentirse. Ya en 1697, Harrach escribió a la corte imperial respecto a las continuas quejas de los ministros españoles contra la reina, la condesa de Berlips y el padre Gabriel<sup>68</sup>. Si bien en un principio pareció mostrarse escéptico, en sus misivas

<sup>65</sup> Conde de Harrach al cardenal Portocarrero. Madrid, 3 de agosto de 1697 (AGS, Estado, leg. 3940).

<sup>66</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 15 de julio de 1697 (AGS, Estado, leg. 3940).

<sup>67</sup> Este triunvirato apenas tuvo duración debido a la caída en desgracia de Montalto por su enemistad con la reina, véase L. RIBOT: “La España de Carlos II”, en P. MOLAS RIBALTA (coord.): *La transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción*, vol. XXVIII de la *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, dirigida por J. M. Jover Zamora, Madrid 1993, p. 130.

<sup>68</sup> Según Harrach, en una reunión con Portocarrero éste había acusado a los miembros de la “camarilla”, de no pretender otra cosa “que volver el nombre alemán odioso para los españoles y acumular riquezas inmensas en perjuicio del interés público por medio de la venta de dignidades, cargos y oficios de la Monarquía y que S. M. [se refiere al emperador]

también aludió a ciertos reproches de la condesa, que le acusaba de ser partidario de su expulsión de España<sup>69</sup>, lo que indica que la débil cohesión reinante en la comunidad alemana comenzaba a resquebrajarse en aquel entonces. No obstante, el comportamiento de Mariana de Neoburgo no parecía alarmar a Harrach, quien subrayaba que el favor de la soberana hacia su persona “comienza a dar a la mayoría de los ministros nuevos motivos de celos”, concretamente al almirante de Castilla, tan cercano a la reina<sup>70</sup>, al tiempo que continuaba culpando a los consejeros de la irresolución de los reyes a declarar heredero al archiduque<sup>71</sup>.

La llegada a la corte española del marqués de Harcourt<sup>72</sup>, embajador francés, en enero de 1698, supuso un nuevo motivo de preocupación para Fernando de Harrach, que advirtió al emperador que “la casa de este ministro es muy frecuentada y su poder y el de su partido, se han vuelto desde hace poco tan extraordinarios, que causan celos a los dos otros [el bávaro y el imperial]”<sup>73</sup>. Tras realizar su entrada pública en abril, Harcourt comenzó por esgrimir los derechos sucesorios del Delfín, manifestando a Carlos II la preocupación del rey de Francia por sus intereses, como hizo patente proponiendo, de parte de su señor, auxiliar a las tropas españolas en Ceuta con regimientos franceses<sup>74</sup>. La ejecución

---

no se aplicaba seriamente a remediar tantos males, de los que su sola bondad por unas personas que eran tan indignas, era la causa”, en *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, pp. 121 y 205-206.

<sup>69</sup> *Ibidem*, I, p. 112.

<sup>70</sup> Fernando de Harrach al emperador. Madrid, 22 de septiembre de 1697 (*Ibidem*, I, pp. 142-143).

<sup>71</sup> Fernando de Harrach al emperador. Madrid, 13 de septiembre de 1697 (*Ibidem*, I, p. 124).

<sup>72</sup> Henri d'Harcourt, marqués de Beuvron, contaba cuarenta y cuatro años cuando se hizo cargo de la embajada francesa en Madrid en enero de 1698. Véase A. MOREL-FATIO: *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution Française*, vol. XI: *Espagne*, Tome Premier, p. 450.

<sup>73</sup> Fernando de Harrach al emperador. Madrid, 24 de septiembre de 1698 (*Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, II, pp. 268-269).

<sup>74</sup> En 1694 el sultán de Mequinez, Mulay Ismail, inició el sitio de Ceuta, que mantuvo hasta 1727 sin que la ciudad fuera tomada pese a los ataques simultáneos de la armada anglo-holandesa durante la Guerra de Sucesión española.

de tal medida no terminó de prosperar, pero ello se debió más a la desconfianza de los consejeros hacia la misma que a las acciones de Harrach, cuyas gestiones ante el Consejo de Estado ni siquiera recibieron respuesta oficial <sup>75</sup>.

A mediados de 1698 en la corte era público y notorio que Fernando Buenaventura había fracasado en la ejecución de los principales puntos a tratar durante su estancia en Madrid <sup>76</sup>. La neutralidad de Cataluña y la paz con Francia eran un hecho, el envío de tropas imperiales se había estancado, la designación como sucesor del segundogénito del emperador seguía sin llevarse a efecto, ni tampoco su nombramiento como gobernador del Milanesado, al que Luis XIV se oponía <sup>77</sup>, y sus intentos por reconciliar a la reina con Portocarrero, Monterey, el duque de Montalto y otros aristócratas que habían colaborado en su día con Mariana de Austria se habían malogrado o bien habían sido esporádicos y puntuales.

Las relaciones entre Mariana de Neoburgo y el embajador al final de esta etapa fueron ambiguas. En ellas no hubo episodios marcados por la tensión y el enfrentamiento, como ocurriría con su sucesor. Pero ello no impidió que Harrach subrayara en sus cartas al emperador la tibieza con que la soberana apoyaba las medidas que propugnaba desde finales de 1697 <sup>78</sup>, ni que se reuniera frecuentemente con algunos de sus más acendrados opositores, el cardenal por ejemplo. La culpa de la actitud de la reina era, en su opinión, de los ministros reales y de la “mala voluntad” de Berlips y el almirante, a quienes tomaba por partidarios de la sucesión francesa <sup>79</sup>. En una de sus últimas misivas a Leopoldo I antes de partir de Madrid, el diplomático señaló: “no tengo mas que compasión por la

<sup>75</sup> Pedro González, seudónimo de uno de los agentes de la embajada bávara, a Prielmayer. Madrid, 6 de junio de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 777. Para la negociación de Fernando de Harrach ante el Consejo de Estado en relación a esta cuestión, véase AGS, Estado, leg. 3941.

<sup>76</sup> Consúltense los testimonios de Pedro González a Prielmayer, Madrid, 3 de julio de 1698, y de la Condesa de Berlips al elector palatino, Madrid, 8 de julio de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 795 y 799.

<sup>77</sup> Véase A. MOREL-FATIO: *Recueil des Instructions...*, *op. cit.*, vol. XI, Tome Premier, p. 470.

<sup>78</sup> DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 496.

<sup>79</sup> Fernando Buenaventura de Harrach al emperador. Madrid, 14 de agosto de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 817.

reina, sabiendo que ella es incapaz por sí misma de traicionar y abandonar los intereses de la Muy Augusta Casa [de Austria]”<sup>80</sup>, por lo que parecía admitir la dificultad del papel a desempeñar por Mariana de Neoburgo en la cuestión sucesoria y, por añadidura, en las relaciones entre las cortes de Madrid y Viena en los últimos años de vida de Carlos II.

*EMBAJADA DE ALOYS DE HARRACH EN MADRID.  
UNA “APARENTE” COLABORACIÓN*

Desde la primavera de 1698 Harrach padre deseaba abandonar Madrid. Con toda probabilidad, en su actitud influyó el temor a verse sometido a los mismos agravios que el conde de Lobkowitz sufriera al final de su embajada. Pero también, hay que señalar que las directrices que recibió de los ministros del emperador en ese periodo no contribuyeron a tranquilizarle respecto a su futuro en la corte madrileña. A finales de 1697, el gobierno imperial se mostró contrario al envío del archiduque a España hasta que la sucesión del rey de Romanos estuviera asegurada. Al mismo tiempo, continuó insistiendo en que el transporte y manutención de las tropas alemanas, que habrían de auxiliar Italia y Cataluña, corriera a cargo de la hacienda española. Después de meses de gestiones, Harrach sabía con certeza que el Consejo de Estado nunca aprobaría tal medida, puesto que la Monarquía hispánica carecía de medios suficientes como para garantizar su sustento<sup>81</sup>.

En mayo, el emperador autorizó su partida, aunque le ordenó permanecer en España hasta la llegada de su sucesor, al que debería informar puntualmente de las “directivas ulteriores”<sup>82</sup>. El nuevo embajador, Aloys de Harrach, arribó

<sup>80</sup> Fernando de Harrach al emperador. Madrid, 4 de septiembre de 1698 (*Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, II, p. 268-269).

<sup>81</sup> Estas decisiones se tomaron inmediatamente después del regreso de Aloys de Harrach a Viena, a finales del verano de 1697, y se mantendrían, a grandes rasgos, durante el resto de la embajada de Fernando de Harrach en Madrid, véase Despacho de la Junta para los asuntos de España al emperador. Viena, 10 de septiembre de 1697, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, I, pp. 669-671.

<sup>82</sup> Leopoldo I a Fernando Buenaventura de Harrach. Laxemburgo, 10 de mayo de 1698 (*Ibidem*, II, p. 753). La notificación del nombramiento de Aloys de Harrach en sustitución de su padre en AGS, Estado, leg. 3940.

a la corte a mediados de verano y realizó su entrada pública en ella el 8 de octubre de 1698. Antes de regresar a Viena, Harrach padre se reunió con algunos de los aristócratas y miembros de los consejos de gobierno más influyentes<sup>83</sup>. Así, entabló conversaciones con el cardenal de Córdoba<sup>84</sup>, el conde de Aguilar<sup>85</sup>, el duque de Uceda<sup>86</sup> y el marqués de Villafranca<sup>87</sup>, con objeto de inducirles a trabajar más estrechamente que nunca a favor de los intereses imperiales y oponerse a la acción de las banderías bávara y francesa. El plan consistía en reafirmar al rey en su buena disposición hacia el emperador, para después renovar las instancias en torno al envío de tropas alemanas. Asimismo, insistió en que se realizaran nuevas levas con el fin de formar regimientos que salvaguardaran las posesiones de la Monarquía de una hipotética agresión francesa<sup>88</sup>. Sin embargo, esta última tentativa tampoco obtuvo resultado y cuando Fernando de Harrach abandonó definitivamente la corte en octubre, lo hizo “bien mortificado y desengañado”<sup>89</sup>, sin

<sup>83</sup> Ya en verano, desde la embajada bávara habían informado del retraso de la partida de Harrach padre, que había señalado que no regresaría a Viena hasta hacerse oír por los consejeros españoles. Pedro González a Prielmayer. Madrid, 3 de julio de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 795.

<sup>84</sup> Alonso Fernández de Córdoba y Aguilar, conocido como cardenal de Córdoba. Nombrado consejero de Estado gracias a su parentesco con el conde de Aguilar, partidario de Mariana de Neoburgo (F. BARRIOS: *El consejo de Estado...*, *op. cit.*, p. 403).

<sup>85</sup> Ignacio de la Cruz Manrique de Arellano, conde de Aguilar por vía materna, heredero del conde de Frigiliana, Grande de España, nacido en 1673. Muy cercano al almirante y Mariana de Neoburgo (J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques...*, *op. cit.*, pp. 174-175).

<sup>86</sup> Juan Francisco Pacheco Téllez de Girón Mendoza, III conde de la Puebla de Montalbán, duque consorte de Uceda (1649-1718), gentilhomme de cámara de Carlos II, capitán general de Galicia (1682), virrey de Sicilia (1687-1696), embajador en Roma desde 1699, nombrado consejero de Estado ese mismo año, en F. BARRIOS: *El consejo de Estado...*, *op. cit.*, p. 403.

<sup>87</sup> Fadrique de Toledo y Osorio (1635-1705), VII Marqués de Villafranca, capitán general de las galeras de Sicilia y Nápoles, gobernador de las galeras de España desde 1677, virrey de Sicilia (1673-1676), consejero de Estado y gobernador del Consejo de Italia desde 1691 (*Ibidem*, p. 400).

<sup>88</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, II, pp. 272-273.

<sup>89</sup> Pedro González a Prielmayer. Madrid, 29 de agosto de 1698, en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 838.



ninguna confianza en que su sustituto fuera a tener más suerte que él en las empresas que había emprendido<sup>90</sup>. En opinión de la condesa de Berlips, pese a la experiencia de su anterior estancia en Madrid, Harrach padre finalizaba su misión sin “haber conseguido nada”, ya que entonces “trató con los padres y ahora con los hijos y nietos, que ya no piensan lo mismo, ni con ellos hay modo de entenderse pues no se sabe quién manda”. Finalizaba que, en caso de fallecer el rey, “la Casa de Austria no podría esperar nada sino de la fuerza de las armas. Ni se declarará heredero, ni se admitirán las tropas imperiales [...]”<sup>91</sup>.

Por tanto, las perspectivas no eran muy favorables para Aloys de Harrach cuando comenzó su segunda embajada. Ya se ha dicho que la coyuntura a la que padre e hijo debieron enfrentarse fue diferente, particularmente porque cuando este último se instaló en Madrid, el optimismo reinante en la facción imperial apenas un año antes se había desvanecido. Con todo, puede observarse un cierto paralelismo en la política de ambos en la corte española, sobre todo en lo tocante a sus contactos con ciertos Grandes y Títulos (Portocarrero, Monterey, Leganés, Aguilar...), que Fernando Buenaventura ya había establecido y serían continuados por su sucesor.

El fracaso de la embajada de Harrach padre enfrió la adhesión de la reina y la “camarilla” a la causa imperial, por lo que esta etapa de las relaciones entre Mariana de Neoburgo y el nuevo embajador se caracterizó por una “aparente colaboración” durante la cual, pese a la existencia de tensiones puntuales, no se produjo una confrontación abierta, ni tampoco una ruptura formal. En ella proliferaron desencuentros motivados por elementos coyunturales como el incremento de la ya considerable impopularidad de la soberana por su protección al “ministerio duende”, el deterioro de los vínculos que unían al emperador y Mariana de Neoburgo y, especialmente, las maniobras de ésta, Berlips y el almirante con las banderías bávara y francesa.

Según el duque de Maura, poco antes de que Fernando Buenaventura marchara de Madrid, Leopoldo I escribió a su cuñada una carta en la que le reprochaba su actitud pasada y le conminaba a “portarse mejor en lo sucesivo”<sup>92</sup>.

<sup>90</sup> En palabras del conde de La Tour, en *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, II, p. 272.

<sup>91</sup> Condesa de Berlips al elector palatino. Madrid, 29 de agosto de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 839).

<sup>92</sup> DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 527.

Todo parece indicar que el contenido de la misiva no complació a la soberana, poco habituada a recibir órdenes desde Viena de manera tan explícita; pero además, el emperador también insistía en solicitar a la reina la remoción del obispo de Solsona, uno de sus protegidos, de la embajada española en la corte imperial. Nombrado para el cargo en 1694 tras la muerte del marqués de Borgomanero <sup>93</sup>, el obispo pronto se atrajo la enemistad de los principales ministros del emperador por su oposición a la política preconizada por estos. En sus despachos a Madrid, Solsona no sólo se mostraba partidario de la neutralidad de Cataluña y la paz con Francia sino que también criticaba con frecuencia las decisiones tomadas por el gobierno imperial, que le tenía por un agente de Roma, cuyas relaciones con el Imperio fueron bastante tensas en los últimos años de la década de 1690 <sup>94</sup>.

La destitución de Solsona había sido ya acometida sin éxito por Fernando Buenaventura de Harrach. En un principio, éste había esperado que la soberana apoyara su sustitución por el marqués de Leganés <sup>95</sup> u otro aristócrata que gozara de las simpatías del emperador. Sin embargo, Mariana de Neoburgo había respondido a sus apelaciones que “no encontraba ningún medio de secundar mi

<sup>93</sup> El nombramiento en un principio iba a recaer en el marqués de Castrolodrigo pero la reina, que deseaba tener en la corte imperial a una “hechura” suya, promovió el del obispo, con quien mantuvo una asidua correspondencia a lo largo de toda su embajada; véase M. Á. OCHOA BRUN: *Historia de la diplomacia española*, vol. VIII: *La edad barroca II*, Madrid 2006, pp. 178 y ss., en relación a la designación de Solsona para el cargo (AGS, Estado, leg. 3939).

<sup>94</sup> El obispo también compartía la opinión de Grandes y consejeros en cuanto a la escasa predisposición de Viena a favorecer los intereses españoles, de lo que culpó no ya al emperador, sino a sus ministros. Poco después de instalarse en la embajada, Solsona escribió a Madrid:

“Y los mismos pasos que acá también se dan o desatendiendo a los oficios de nuestra Corte o perjudicando sus intereses, aunque tan enlazados con los de acá, no son en la verdad resoluciones de Su Majestad Cesárea, aunque llevan su sobrescrito, sino de sus consejos y ministerio que tanto premoninase [sic] en los dictámenes de Su Majestad Cesárea...” (“Noticias dadas al Sr. Don Carlos 2º por el obispo de Solsona, embaxador de Alemania, acerca de las personas Austriacas de aquel Reyno en 1697”. BNE, Mss. 10817, fols. 7v-7r).

<sup>95</sup> Diego Mesía Felípez de Guzmán (†1705), III marqués de Leganés, virrey y capitán general de Cataluña, gobernador del Milanesado, capitán general de la artillería española (J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques...*, *op. cit.*, p. 149).

pretensión”, dando por zanjado el asunto <sup>96</sup>. Su hijo tampoco obtendría mayores satisfacciones en este aspecto, ya que la soberana argüiría que no existían “razones suficientes” para el cese de Solsona, al que por otro lado reiteró su protección <sup>97</sup>.

En tales circunstancias, el enviado bávaro <sup>98</sup> inició en la primavera de 1698 un acercamiento a la reina <sup>99</sup>, cuya preocupación por las condiciones de su viudedad se acrecentó conforme la salud del rey se deterioraba. Auspiciadas por la condesa de Berlips, las negociaciones de Bertier y la soberana se realizaron en el más estricto secreto y al margen de Harrach. Éstas giraban en torno a un proyecto en el que, a cambio de la aquiescencia de Mariana de Neoburgo a la designación como heredero del hijo del elector de Baviera, éste se comprometía a asegurar su futuro a la muerte de su esposo <sup>100</sup>. Posiblemente por temor a la reacción del emperador, la soberana no se decidió a hacer pública su adhesión a

<sup>96</sup> Fernando Buenaventura de Harrach al emperador. Madrid, 26 de agosto de 1697 (*Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, I, pp. 96-97).

<sup>97</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Madrid, 9 de septiembre de 1698 (AGS, Estado, leg. 3942); Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 10 de octubre de 1698 y Mariana de Neoburgo al obispo de Solsona. Toledo, 8 de mayo de 1698. Ambas cartas en G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 748 y 859.

<sup>98</sup> Barón Bertier, enviado del elector de Baviera en Madrid desde 1696, año en que sustituyó a los barones Baumgarten y Lancier.

<sup>99</sup> Tal y como el propio Bertier relata a Prielmayer en una carta fechada en Madrid, 11 de abril de 1698 (*Ibidem*, II, p. 731).

<sup>100</sup> El último plan presentado a la reina por Bertier, efectuado con la mediación del conde de Bergheyck, secretario de hacienda de los Países Bajos, de donde era gobernador Maximiliano de Baviera, reconocía a Mariana de Neoburgo una pensión de viudedad de 600.000 escudos, la posibilidad de continuar residiendo en Madrid o en cualquier otra parte de la Monarquía, la obtención de uno de los virreinos de la Monarquía para cualquiera de sus hermanos y, aquí parece notarse la intervención de Berlips, tanto el elector, como el príncipe José Fernando y sus herederos, se comprometían a acomodar a “todos los leales criados y criadas de la Reina que la Reina les recomendare en los puestos y mercedes proporcionadas a su esfera, capacidad y méritos que la Reina pidiese”. Con todo, lo más importante era que se otorgaba a la soberana una amplia participación en los negocios, “dándole parte y noticia de todas las materias del Gobierno de la Corona, para que con su disposición y gusto se puedan resolver y determinar...”. El proyecto completo en una carta de Bernardo Bravo (Bertier) a Prielmayer. Madrid, 13 de febrero de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 933-935).

la facción bávara <sup>101</sup>, poniendo fin poco después a su comunicación con Bertier pero, indudablemente, conoció la existencia de un testamento favorable a la Casa de Wittelsbach firmado por Carlos II el 11 de noviembre de 1698.

Harrach fue partícipe bastante pronto de la manera en que se había fraguado dicho testamento. Sus cartas a Leopoldo I durante el invierno de 1698 demuestran que estaba al tanto de los contactos de la reina y Berlips con Bertier, así como de los beneficios que habían obtenido de Maximiliano Manuel de Baviera <sup>102</sup>. De modo que la persistencia de Mariana de Neoburgo en negar lo que era una evidencia en la corte aumentó aún más las suspicacias del embajador respecto a su lealtad. Sus sospechas fueron confirmadas por Monterrey, el marqués de Leganés y el conde de Benavente <sup>103</sup>, quienes ratificaron el abandono de la reina a la causa imperial <sup>104</sup>.

Paralelos a sus acuerdos con Baviera, y por mediación del almirante, la soberana también entró en tratos con el embajador francés en septiembre de ese mismo año. Según el enviado palatino, Ariberti, el almirante estaba convencido del triunfo de la candidatura francesa a la sucesión, de ahí que promoviera la reconciliación de la reina con Francia <sup>105</sup> sobre la base del hipotético apoyo de la

<sup>101</sup> Bernardo Bravo (Bertier) a Prielmayer. Madrid, 26 de septiembre de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 850-852).

<sup>102</sup> Informado por el almirante de Castilla, Oropesa y Monterrey, entre noviembre y diciembre de 1698, Aloys de Harrach dio cuenta al emperador del soborno de la condesa de Berlips por parte del elector de Baviera, así como del contenido del testamento de Carlos II y de las condiciones en que quedaba la reina durante su viudedad. Las cartas del embajador en *Ibidem*, II, pp. 877-878 y 880-881.

<sup>103</sup> Francisco Antonio Pimentel, XII conde de Benavente, sumiller de corps de Carlos II desde 1693, mayordomo mayor del rey hasta 1699. En un principio muy afecto a la reina Mariana de Neoburgo, el favor que ésta dispensó al almirante le llevó a alejarse de ella, motivo por el cual cayó en desgracia y perdió su cargo de mayordomo (A. MOREL-FATIO: *Recueil des Instructions...*, *op. cit.*, vol. XII, p. 17 y J. W. IMHOF: *Recherches historiques et généalogiques...*, *op. cit.*, pp. 186-187).

<sup>104</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 16 de enero de 1699 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 896).

<sup>105</sup> “El estado de España, el del Rey y el ánimo del país han convencido al almirante de la certeza del triunfo de Francia, y la devoción que profesa a la reina le mueve a desear que se reconcilie con el Rey Cristianísimo, que si no es un enemigo la mira por lo menos con gran indiferencia [...]. La Reina sabe todo esto, pero no la Berlips,

soberana a la venida a la corte de un hijo del Delfín, paso previo para su nominación como heredero. No obstante, el entendimiento de la reina con Harcourt no duraría mucho tiempo, principalmente por la desconfianza de éste último hacia ella y el almirante<sup>106</sup> que, en respuesta, volvieron a inclinarse hacia la facción bávara<sup>107</sup>.

Así, la confianza que teóricamente debía presidir las relaciones entre los dos pilares fundamentales de la diplomacia del emperador en Madrid se quebró irremisiblemente durante esta etapa. No se trataba sólo de que la soberana no reconociera su vinculación con Baviera y Francia. Lo cierto es que Mariana de Neoburgo redujo el número de audiencias que concedía al embajador imperial, tratando en público a la esposa de este con gran frialdad<sup>108</sup>. Asimismo, las iniciativas de Harrach en relación a otros puntos incluidos en sus instrucciones apenas fueron apoyadas por la reina, que también cesó de procurarle entrevistas privadas con el rey. Todo ello no hizo sino dar la impresión de que había caído en desgracia ante los soberanos, tal y como constataban Bertier, Harcourt o Ariberti a finales de 1698.

*ALOYS DE HARRACH Y LA FACCIÓN PORTOCARREREÑA DE LA CORTE ESPAÑOLA.  
ALEJAR A “LOS MALOS LADOS DE LA REINA”*

La adhesión de Grandes y Títulos a las diferentes opciones sucesorias en los últimos años de vida del rey se vio matizada por la defensa de sus intereses particulares que, ante el debilitamiento del poder real producido a lo largo del reinado de Carlos II, se evidenció en su voluntad por controlar los principales

---

de quien no se fía el Almirante, ni aun el padre Gabriel, de quien se fía algo más” (Ariberti al elector palatino Juan Guillermo. Madrid, 11 de septiembre de 1698. G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 844).

<sup>106</sup> M<sup>a</sup> L. GONZÁLEZ MEZQUITA: *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española. El almirante de Castilla*, Valladolid 2007, pp. 164-166. Véase también *Mémoires de Saint-Simon*, ed. de A. Boislisle, París 1890, VII, p. 125.

<sup>107</sup> Tal y como el propio Harcourt informaba a Luis XIV en una carta fechada en Madrid el 6 de noviembre de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 865).

<sup>108</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 2 de enero de 1699 (*Ibidem*, II, p. 886).

resortes de la administración central y territorial. Ello les enfrentó irremisiblemente a la reina y su “camarilla”, cuyo intervencionismo en el gobierno generó un fuerte descontento nobiliario durante toda la década de 1690. Sin embargo, el enfrentamiento se radicalizó tras el fracaso del triunvirato integrado por el cardenal Portocarrero, el almirante de Castilla y el duque de Montalto<sup>109</sup>.

Entre 1699 y 1700, la situación en la corte española se caracterizó por la oposición de la facción encabeza por Portocarrero a la soberana y sus adláteres. La bandería portocarrereña integraba a partidarios de la sucesión bávara y francesa pero también de la habsbúrgica, como los marqueses de Leganés y Quintana<sup>110</sup>. Empero, al margen de sus preferencias en la cuestión sucesoria, el nexo de unión de todos sus miembros era su voluntad de apartar a la “camarilla” del poder, neutralizando la influencia de la reina sobre su esposo.

A finales de 1698, el cardenal encontró un aliado en Aloys de Harrach, que había constatado la imposibilidad de forjar alrededor de Mariana de Neoburgo un partido fiel al emperador en tanto el almirante, Berlips y el padre Gabriel permanecieran junto a ella<sup>111</sup>. Continuando la senda trazada por su padre, intensificó sus contactos con el cardenal y sus seguidores. Con todo, carecía de la discreción de Fernando Buenaventura, que durante su embajada había procurado que sus reuniones con Portocarrero no hicieran sospechar a la soberana<sup>112</sup>. Cuando Mariana de Neoburgo descubrió que el embajador imperial trataba con algunos de sus más firmes opositores, la posibilidad de llegar a cualquier entendimiento con él quedó rota. En esta etapa, las relaciones entre ambos estuvieron determinadas por la confrontación. Durante la misma, tuvieron lugar algunos de los episodios más tensos de la misión diplomática de Harrach hijo, provocados por el destierro del almirante y la negativa de la reina a acatar los consejos del diplomático.

Los contactos de Aloys de Harrach con Portocarrero comenzaron en septiembre de 1698 y se realizaron a través de Leganés, quien en esa época trataba

<sup>109</sup> Sobre esta situación, véase A. CARRASCO: “Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza durante el reinado de Carlos II”, en *Studia Histórica. Historia Moderna* 20 (1999), pp. 77-136.

<sup>110</sup> El marqués de Quintana, yerno de Balbases, nombrado capitán general de las Guardias españolas a instancias de Mariana de Neoburgo en 1699.

<sup>111</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 28 de septiembre de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 852-853).

<sup>112</sup> *Mémoires et négociations secrètes...*, *op. cit.*, II, p. 201.

de recabar apoyos para promover la caída de los principales integrantes de la “camarilla”<sup>113</sup>. La estrategia de los miembros de la facción portocarrereña consistió en utilizar a Harrach como su intermediario ante el emperador. En sus primeras entrevistas con el embajador plantearon la impopularidad de la soberana, así como el inaceptable ascendiente que el almirante y Berlips tenían sobre ella y, por extensión, sobre el gobierno. De todo ello culpaban a Leopoldo I, que no había sabido poner coto a los excesos de su cuñada. Proponían igualmente que fuera Harrach el que, con el beneplácito de su señor, informara al rey de la negativa del emperador a seguir en tratos con el almirante, “obstáculo invencible para el bien de España y la Casa de Austria”<sup>114</sup>. Una vez éste fuera desterrado, podría forzarse un cambio en el gobierno.

Aloys de Harrach vio en el proyecto del cardenal una oportunidad para restaurar el crédito del emperador en la corte madrileña y, en las sucesivas audiencias que mantuvo con la reina durante el invierno, trató sin éxito que ésta retirara su apoyo al “ministerio” de Oropesa. El problema estribaba en que la soberana identificaba al embajador con sus enemigos políticos. Para Mariana de Neoburgo, promover una nueva hornada de consejeros de Estado pasaba por destituir al almirante del cargo de caballero mayor y prescindir de sus principales colaboradores en la corte. A su vez, y posiblemente instigado por Leganés y Monterrey, Harrach pensaba que la reina era un estorbo para la sucesión habsbúrgica<sup>115</sup>. De hecho, ni siquiera contemplaba su adscripción al partido alemán, puesto que la consideraba cabeza de otra facción que sólo atendía a los intereses de la “camarilla”<sup>116</sup>. A sus ojos, el verdadero adalid de la causa imperial era Leganés, y la facción portocarrereña sólo estaba propiciando una renovación en la planta del gobierno que terminaría favoreciendo la designación del archiduque como heredero. Por tanto, como quiera que ambos se mantuvieran firmes en sus respectivas posiciones, cualquier medida que debiera partir de la colaboración entre la reina y el embajador estaba destinada a fracasar.

<sup>113</sup> Según comentaba el propio Harrach al emperador. Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 10 de octubre de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 859).

<sup>114</sup> *Ibidem*.

<sup>115</sup> Aloys de Harrach a Leopoldo I. Madrid, 13 de marzo de 1699 (*Ibidem*, II, p. 961).

<sup>116</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 8 de mayo de 1699 (*Ibidem*, II, p. 996).

El estallido del “Motín de los Gatos”, fruto de las reuniones nocturnas en casa de Leganés a las que Harrach también asistía, confirmó el equívoco del diplomático al enfrentarse a la soberana aliándose con el cardenal. El motín propició los destierros de Oropesa y el almirante (el 9 y el 23 de mayo respectivamente), pero también supuso un reforzamiento considerable de la bandería portocarrereña, la mayoría de cuyos miembros eran partidarios de la sucesión francesa<sup>117</sup>.

Además, con la marcha del almirante, Harrach cayó definitivamente en desgracia ante la reina, quien así se lo manifestó en la primera audiencia que le concedió tras este acontecimiento. La actitud de Mariana de Neoburgo durante la misma supone toda una declaración de intenciones. No sólo se mostró enterada de la “estrecha comunicación” de Aloys con el cardenal “y sus restantes enemigos”, sino que también le acusó de haber intrigado con ellos con el fin de encerrarla en un convento. Asimismo, tildó de desagradecidos al emperador y la emperatriz, quienes ni siquiera se habían preocupado por tranquilizarla respecto a su viudedad. En consecuencia, en adelante no se ocuparía más que de sí misma y sus intereses<sup>118</sup>. Es decir, la reina proclamaba su independencia respecto a Viena, lo que, como se verá a continuación, tendría importantes consecuencias en el desenlace de la cuestión sucesoria.

Pero la ofensiva contra los “lados” de la soberana no había terminado con la partida del almirante, ya que Berlips y el padre Gabriel permanecían aún en la corte<sup>119</sup>. La actividad de la facción portocarreña continuó, por tanto, a lo largo del verano. Como había hecho con anterioridad, Harrach asistió a las reuniones secretas celebradas en esos momentos en casa de Leganés y Benavente. En julio, a través de su padre, obtuvo del emperador su aprobación a la remoción de Berlips y Chiusa, asegurándosele además que si la soberana insistía en retenerlos junto a ella, recibiría permiso para abandonar Madrid<sup>120</sup>.

<sup>117</sup> L. RIBOT: “La sucesión de Carlos II...”, *op. cit.*, p. 246.

<sup>118</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 4 de junio de 1699 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1024).

<sup>119</sup> Por esas fechas, Harcourt informó a Luis XIV que, desterrado el almirante, la bandería portocarrereña buscaba ahora la caída del resto del partido de la reina: el conde de Aguilar, la condesa de Berlips y el padre Gabriel. Marqués d’Harcourt a Luis XIV. Madrid, 17 de junio de 1699 (C. HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trône d’Espagne. Correspondance inédite du Marquis d’Harcourt*, París 1875, II, p. 87).

<sup>120</sup> Fernando Buenaventura de Harrach a Aloys de Harrach. Viena, 1 de julio de 1699 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1037).



Asimismo, pese al destierro del almirante, Mariana de Neoburgo continuaba gozando de una gran influencia política <sup>121</sup>, por lo que el siguiente paso a ejecutar por Portocarrero y sus adláteres (entre los que hay que incluir al propio Harrach) fue la neutralización del ascendiente de la soberana sobre su esposo.

Los meses que median entre el destierro del almirante y la marcha voluntaria de Berlips (marzo de 1700) estuvieron mediatizados por la frialdad de las relaciones entre la soberana y Harrach. Ésta apenas le recibió, empleando como mediadores a la condesa de Berlips y Chiusa, pero cuando lo hizo, se negó a cooperar con el embajador. Las razones que arguyó no dejan lugar a dudas sobre su ruptura con el partido alemán. Cada vez que Aloys de Harrach expresaba sus quejas respecto a la marcha de los asuntos, la reina le contestaba que acudiera al cardenal, asegurando que ya no intervenía en política puesto que ello le había acarreado verse despreciada no sólo por los españoles, también por la corte de Viena <sup>122</sup>.

En septiembre de 1699, y posiblemente a causa del destierro del almirante y la radicalización de la ofensiva de la facción portocarrereña contra la reina y sus “lados”, la condesa de Berlips solicitó permiso a la soberana para salir de España. Ello propició una breve reconciliación de Mariana de Neoburgo con Harrach <sup>123</sup>. La primera deseaba obtener un cómodo retiro a la favorita, por lo que gestionó con el embajador imperial la obtención de un cargo palatino para la condesa en la corte de Viena. A ello se aplicó Harrach con la esperanza de conseguir el agradecimiento de la reina y su “resuelto apoyo en pro de los intereses austríacos”. En caso de no acceder a su petición, el diplomático temía que la venganza de la soberana recayera sobre el partido alemán <sup>124</sup>. Si bien inicialmente Berlips aspiraba a ser nombrada camarera mayor de la archiduquesa Isabel, primogénita de Leopoldo I, o aya del nieto del emperador, al final, y tras meses de negociaciones en los que Mariana de Neoburgo pareció resistirse a dejar marchar a su favorita, ésta fue agraciada con un puesto de dueña de honor de las

<sup>121</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 30 de julio de 1699 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, op. cit., II, pp. 1047-1048).

<sup>122</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 13 de agosto de 1699 (*Ibidem*, II, p. 1056).

<sup>123</sup> Aloys de Harrach al emperador, sin fechar (*Ibidem*, II, p. 1078).

<sup>124</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 6 y 10 de septiembre de 1699 (*Ibidem*, II, pp. 1074-1075).

archiduquesas <sup>125</sup>. En marzo de 1700, instada por una orden del rey <sup>126</sup>, y con un voluminoso equipaje que incluía platerías, tapices y otros ricos enseres, la condesa de Berlips y su sobrina, la señorita von Cramm, abandonaban para siempre la corte española. De la otrora poderosa “camarilla”, tan sólo quedaban ya junto a la reina el padre Gabriel, el cantante Mateucci <sup>127</sup> y la azafata Alejandra <sup>128</sup>.

*UNA IMPOSIBLE COLABORACIÓN.*

*¿TRAICIÓN DE LA REINA A LA CAUSA IMPERIAL?*

La última fase de la embajada de Aloys de Harrach en Madrid estaría determinada por la radicalización del enfrentamiento entre la reina y la facción portocarrereña, así como por la actitud independiente de Mariana de Neoburgo respecto a los negocios de Estado y la cuestión sucesoria.

En cuanto a las relaciones de la soberana con el embajador imperial, esta etapa se vio marcada por la desconfianza reinante entre ambos, desconfianza que, progresivamente, fue deviniendo en una franca enemistad que imposibilitó cualquier conato de colaboración justo en el momento en que ésta era más necesaria, los meses previos al desenlace del problema sucesorio. Así, durante la primera mitad de 1700 la reina persistió en su frialdad hacia el diplomático, negándose a apoyar las iniciativas preconizadas por éste por considerarlas emanadas de la bandería Portocarrero. En esta tesitura, el embajador solicitó al emperador, a través de su padre, su relevo <sup>129</sup>.

<sup>125</sup> El emperador a Aloys Luis de Harrach. Viena, 19 de octubre de 1699 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1109).

<sup>126</sup> A pesar de ordenar la marcha de la condesa, Carlos II no dejó de recomendarla ante el emperador lo que demuestra que, pese a los rumores que corrieron acerca de la frialdad de las relaciones entre la reina y su favorita, ésta partía de Madrid conservando intacto el favor de Mariana de Neoburgo. La recomendación de Carlos II al emperador, fechada en Madrid a 30 de marzo de 1700 (AGS, Estado, leg. 6392).

<sup>127</sup> Tiple castrado que formaba parte de la Real Capilla y gozaba de gran influencia sobre Mariana de Neoburgo.

<sup>128</sup> Azafata de origen flamenco de la reina. Muy cercana a Mariana de Neoburgo, fue una de las pocas que permaneció junto a ella tras la muerte de Carlos II.

<sup>129</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 11 de febrero de 1700 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1156).

Confirmada su ruptura con el partido imperial y la marcha de los principales integrantes de la “camarilla”, la influencia de la soberana era aún notable<sup>130</sup>. En ese momento, Mariana de Neoburgo intentó forjarse un grupo de partidarios que respondieran únicamente ante ella e hicieran frente a la influencia del cardenal entre los consejeros. La nueva planta del Consejo de Estado, conocida como la “hornada del padre Gabriel”, así parece corroborarlo. A finales de noviembre de 1699 fueron designados consejeros: el príncipe de Vaudemont, los duques de Medinaceli, Veragua y Medinasidonia, el marqués del Fresno y los condes de Santiesteban, Fuensalida y Montijo junto al cardenal del Giudice<sup>131</sup>. Algunos como Vaudemont o Santiesteban, eran personajes muy cercanos a la soberana y el almirante, pero de esta nueva promoción quedaron excluidos decididos partidarios de la Casa de Austria como el marqués de Leganés, lo que indicaba la autonomía de la reina respecto a los dictados de Harrach<sup>132</sup>.

Como consecuencia de esta nueva organización del gobierno, los miembros de la facción portocarrereña intensificaron su oposición a la soberana. En febrero,

<sup>130</sup> Marqués de Harcourt a Luis XIV. Madrid, 2 de septiembre de 1699 y 11 de enero de 1700 (C. HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trone d'Espagne...*, *op. cit.*, II, pp. 137 y 179).

<sup>131</sup> Carlos Enrique de Lorena, príncipe de Vaudemont (†1714), gobernador de Milán desde 1698, gentilhombre de cámara de Carlos II; Luis Francisco de la Cerda y de Aragón (1660-1711), IX duque de Medinaceli, capitán general de las costas y galeras de Andalucía, de las de Nápoles, virrey de Nápoles (1695-1702); Pedro Manuel Colón de Portugal y Sandoval (1651-1710), VII duque de Veragua, caballero del Toisón de Oro, maestre de campo en Flandes, general de la caballería de Milán, capitán general de Galicia, general de las galeras de España, virrey de Valencia y Sicilia (1696-1701); Juan Fausto Claros de Guzmán el Bueno (†1713), XI duque de Medinasidonia, caballero del Toisón de Oro, gentilhombre de cámara de Carlos II, virrey de Cataluña (1690-1693), mayordomo mayor de Carlos II en sustitución del conde de Benavente; Pedro Fernández de Velasco y Tovar, II marqués del Fresno, V conde de Peñaranda; consejero de Indias, embajador en Inglaterra; Francisco Benavides y de la Cueva Dávila y Corella, IX conde de Santiesteban del Puerto, capitán general de la Costa de Granada, virrey de Sicilia (1678-1687), virrey de Nápoles (1687-1696), mayordomo mayor de Mariana de Neoburgo desde 1699; Pedro Nicolás de Velasco y Ayala (†1709), X conde de Fuensalida; Cristóbal Portocarrero de Guzmán y Luna (1638-1704), IV conde de Montijo, mayordomo mayor de Carlos II, gentilhombre de cámara, maestre de campo general del ejército de Extremadura, comisario general de la Infantería de España; Francisco del Giudice (1647-1725), obispo de Ostia y Velletri, cardenal desde 1690, embajador en Roma (1696-1697) (F. BARRIOS: *El consejo de Estado...*, *op. cit.*, pp. 403-408).

<sup>132</sup> L. RIBOT: “La España de Carlos II”, *op. cit.*, p. 134.

Portocarrero y Leganés presentaron al embajador imperial una lista de agravios contra el emperador, al que culpabilizaron del desorden reinante en la corte por su laxitud hacia el comportamiento de su cuñada <sup>133</sup>. Sin embargo, Leopoldo I no se resolvió a intervenir directamente ante Mariana de Neoburgo, que continuó negándose a incluir a Leganés en el Consejo de Estado <sup>134</sup>.

La situación en la corte española se agravó aún más tras hacerse público en junio el tratado de Reparto suscrito por Inglaterra, Francia y Holanda. Si bien los reyes se mantuvieron en apariencia serenos, en “el cuerpo del Consejo de Estado fue donde hizo más impresión este relámpago” <sup>135</sup>. En una consulta elevada al rey poco después, la mayor parte de sus miembros se mostraron alarmados ante la plausible partición de la Monarquía <sup>136</sup>. La necesidad de salvaguardar la integridad de las posesiones españolas les hizo inclinarse, casi unánimemente, por la sucesión francesa <sup>137</sup>, tendencia en la que se mantendrían hasta el fallecimiento de Carlos II.

Sorprendida por la evolución de la opinión de los consejeros, muchos de los cuales debían su nombramiento a su patrocinio, la soberana trató de impedir desde el verano de 1700 el nombramiento de un heredero francés <sup>138</sup>. Con todo, Harrach recelaba de su compromiso con la causa imperial y consideraba que la actitud de Mariana de Neoburgo era “fingida” <sup>139</sup>. Por su parte, por esas mismas fechas el embajador insistió ante el rey para que aceptara el envío de 80.000

<sup>133</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 15 de febrero de 1700 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1160).

<sup>134</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 11 de febrero de 1700 (*Ibidem*, II, p. 1157).

<sup>135</sup> Relación del enviado veneciano, Mocénigo, a su gobierno. Sin fechar (RAH, 9/646).

<sup>136</sup> Consulta del Consejo de Estado al rey. Finales de mayo de 1700 (AHN, Estado, leg. 2780).

<sup>137</sup> Marqués de Harcourt a Luis XIV. Madrid, 13 de junio de 1700 (C. HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trone d'Espagne...*, *op. cit.*, II, p. 226).

<sup>138</sup> A mediados de julio, Blécourt informaba a Luis XIV de los esfuerzos de la reina para hacer cambiar de opinión a los consejeros e inclinarles hacia el candidato habsbúrgico. Monsieur de Blécourt a Luis XIV. Madrid, 15 de julio de 1700 (C. HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trone d'Espagne...*, *op. cit.*, II, p. 239).

<sup>139</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 6 de junio de 1700 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1211).

soldados alemanes que auxiliaran las fronteras de la Monarquía hispánica<sup>140</sup>. La soberana se mostró partidaria a apoyar tal medida, muy impopular en el Consejo, que temía la reacción de Francia a la misma, pero se mantuvo firme en su negativa a colaborar con Leganés, quien abandonó la corte en septiembre culpando a los reyes y al emperador del desorden imperante en el gobierno<sup>141</sup>. Pese a que el autoexilio de Leganés privó a la causa imperial de su más firme defensor, Aloys de Harrach se mostró confiado en que el ascendiente de la reina sobre Carlos II impediría que éste nombrara un heredero Borbón, trabajando para atraerse a Grandes y Títulos sin ningún puesto oficial en el gobierno como los duques de Sessa y del Infantado y el marqués de Astorga, a los que conminó a defender los derechos de la Casa de Austria en caso que el rey “designara sucesor dentro de ella”<sup>142</sup>.

Sus esperanzas pronto se vieron frustradas. En octubre, en sus misivas a su padre y al emperador se hizo eco de la existencia de un testamento favorable a Francia. Para Harrach, no había más culpable del mismo que la reina, traidora a la causa austriaca, como lo demostraba el mal trato que había proferido a algunos de sus valedores como Leganés, Benavente y Monterrey<sup>143</sup>. El comportamiento de Mariana de Neoburgo en ese momento pareció confirmar las sospechas del embajador, ya que ésta se negó a concederle audiencia en repetidas ocasiones durante el mes de octubre<sup>144</sup>. El fallecimiento del rey el 1 de noviembre de 1700 y la posterior apertura de su testamento ratificaron para Aloys de Harrach la traición de la soberana y “sus lados”<sup>145</sup>. Tan sólo, escribía a su

<sup>140</sup> Relación de Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 26 de agosto de 1700 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 1285-1286).

<sup>141</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 24 de septiembre de 1700 (*Ibidem*, II, p. 1320).

<sup>142</sup> Extracto de despachos del conde de Harrach. Madrid, 29 de septiembre de 1700 (*Ibidem*, II, p. 1325).

<sup>143</sup> Aloys de Harrach al emperador. Madrid, 6 de octubre de 1700 (*Ibidem*, II, p. 1329).

<sup>144</sup> El mismo al mismo. Madrid, 6 y 17 de octubre de 1700 y Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 27 de octubre de 1700 (*Ibidem*, II, pp. 1329, 1334 y 1348).

<sup>145</sup> Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 1 de noviembre de 1700 (*Ibidem*, II, p. 1351).

padre, esperaba que el emperador estuviera por fin enterado de quiénes eran “la reina, la Berlips y el padre Gabriel”<sup>146</sup>.

No es objeto de esta comunicación analizar las circunstancias bajo las que Carlos II firmó su tercer y último testamento favorable a Francia<sup>147</sup>, como tampoco justificar el comportamiento de Mariana de Neoburgo durante las embajadas de los Harrach, pero lo cierto es que es necesario matizar las acusaciones de traición que Aloys vertió sobre ella. Las relaciones de la reina con Harcourt y su esposa habían sido siempre mucho más cordiales que las que ésta mantuviera con Harrach hijo. El marqués había procurado ganarse su favor, y el de Berlips, mediante obsequios procedentes de París<sup>148</sup> y, tras la muerte del príncipe de Baviera en febrero de 1699, había tanteado la predisposición de la soberana y su favorita hacia la sucesión francesa<sup>149</sup>. Sin embargo, los recelos de Luis XIV pusieron fin a ese intento de aproximación, ya que consideró que, pese a sus diferencias con el emperador, Mariana de Neoburgo siempre sería afecta a sus intereses<sup>150</sup>. Los despachos que Blécourt, sustituto de Harcourt, enviara a la corte francesa entre octubre y noviembre de 1700 también parecen constatar que el testamento favorable al duque de Anjou se hizo a espaldas de la reina, cuyo contacto con su esposo se vio considerablemente reducido durante su enfermedad<sup>151</sup>. Asimismo, no sólo Blécourt, Ariberti y el doctor Geelen igualmente corroboraron en sus cartas que el citado testamento se llevó a cabo sin el conocimiento de la soberana, de quien además refrieron

<sup>146</sup> G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 1351. Las copias de las cartas que la Junta de Gobernación envió a Luis XIV en noviembre de 1700 (RAH, 9/1062, fols. 107r-109v).

<sup>147</sup> Véase en relación al mismo, A. R. PEÑA IZQUIERDO: *De Austrias a Borbones...*, *op. cit.*, pp. 109-118.

<sup>148</sup> Marqués de Harcourt a Luis XIV. Madrid, 30 de noviembre de 1699 (C. HIPPEAU: *Avénement des Bourbons au trone d’Espagne...*, *op. cit.*, II, p. 163).

<sup>149</sup> El mismo al mismo. Madrid, 24 de septiembre y 4 de octubre de 1699 (*Ibidem*, II, pp. 145 y 150).

<sup>150</sup> Luis XIV al marqués de Harcourt. Versalles, 27 de diciembre de 1699 y Harcourt a Luis XIV. Madrid, 11 de enero de 1700 (*Ibidem*, II, pp. 171-172 y 175-179).

<sup>151</sup> Monsieur de Blécourt a Luis XIV. Madrid, 1, 7 y 8 de octubre de 1700 (*Ibidem*, II, pp. 277-279).

sus postreros intentos por anularlo, cosa a la que, curiosamente, también aludió Harrach <sup>152</sup>.

¿Por qué entonces éste acusó a la reina de traición? Posiblemente, su desconfianza hacia Mariana de Neoburgo, cuyos anteriores contactos con las banderías bávara y francesa conocía, le hizo pensar así. Con todo, también debe apuntarse que desde mediados de 1699 Aloys de Harrach estaba preocupado por el daño que su prestigio sufriría en caso de fracasar en su embajada. Así, después de que el tratado de Reparto se hiciera público, había escrito a su padre recomendándole instara al emperador a aprovechar el efecto que éste tendría sobre la corte española para incrementar sus adeptos en ella. Si el gobierno imperial no seguía su consejo, auguraba, “estará perdida la causa imperial, en entredicho su honor [de Leopoldo I] y hundida mi reputación” <sup>153</sup>. Es probable que Harrach buscara reproducir el patrón de conducta establecido por Fernando Buenaventura que, a su regreso a Viena después de su escasamente efectiva estancia en Madrid, había sido nombrado mayordomo mayor del emperador, sin que su favor ante éste se resintiera. Si esto es así, Aloys no podía reconocer que el naufragio de su misión diplomática se debía en parte a su vinculación con una bandería cortesana, la encabezada por el cardenal Portocarrero, mayoritariamente profrancesa. Por tanto, ¿quién mejor que la reina, que ya había dado muestras en varias ocasiones de su tibieza hacia la causa habsbúrgica, a la que culpabilizar del testamento de Carlos II? ¿Por qué no acusó a Portocarrero, verdadero artífice del cambio de dinastía? Quizás ello se debió a que las relaciones del embajador con el cardenal eran demasiado conocidas en Viena y podrían inducir al gobierno imperial a cuestionar la prudencia e inteligencia de las decisiones adoptadas por Aloys de Harrach en su segunda embajada en Madrid. En definitiva, si bien todo lo expuesto no son más que conjeturas, biógrafos de Mariana de Neoburgo e historiadores del reinado del último Austria, reconocen unánimemente que la reina no tomó parte activa en la gestación

<sup>152</sup> Blécourt a Luis XIV. Madrid, 8, 21 y 28 de octubre de 1700 (C. HIPPEAU: *Avénement des Bourbons au trône d'Espagne...*, *op. cit.*, II, pp. 279, 283-286); Ariberti al elector palatino Juan Guillermo. Madrid, 7 y 21 de octubre de 1700; doctor Geelen al elector palatino Juan Guillermo, 8 y 16 de octubre de 1700 y Aloys de Harrach a Fernando Buenaventura de Harrach. Madrid, 22 de octubre de 1700 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, pp. 1331-1332, 1334, 1344-1345).

<sup>153</sup> La misiva de Aloys de Harrach a su padre en DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, p. 536.

del tercer y último testamento de Carlos II, lo que no implica eximirlo de su responsabilidad en la progresiva descomposición del partido alemán en Madrid <sup>154</sup>. En cuanto a Harrach, su fracaso en España no interrumpió su brillante *cursus honorum* y, durante la Guerra de Sucesión, desempeñó los cargos de embajador en las cortes de Dresde, Berlín y Hannover y, posteriormente, los puestos de gobernador de la Baja Austria y virrey de Nápoles, formando parte de los consejos privados de Carlos VI y María Teresa de Austria hasta su muerte en 1742.

### CONCLUSIÓN

La voluble actitud de Mariana de Neoburgo hacia los condes de Harrach y, más en concreto, hacia los intereses del emperador, contribuyó decisivamente a la desintegración del partido alemán en la corte madrileña. Con todo, no puede decirse que ésta fuera la principal causa que propició el advenimiento de los Borbones al trono español. La evolución de las relaciones entre las dos ramas de la Casa de Austria en el último cuarto del siglo XVII, así como el tratamiento que los gobiernos de Madrid y Viena respectivamente otorgaron al problema sucesorio, tuvieron también su incidencia en la posterior designación del duque de Anjou como heredero de Carlos II.

Entre 1665 y 1700, los sucesivos embajadores imperiales, los condes de Pötting, Mansfeld, Lobkowitz y Harrach, trataron de influir en la toma de decisiones referentes a la política interior y exterior de la Monarquía hispánica. Su condición de “embajadores de familia”, que les procuraba una serie de privilegios de los que carecían otros diplomáticos acreditados en la corte española, y la mediación de la reina madre y la reina consorte favorecieron durante años la paulatina imposición de las tendencias intervencionistas de Viena. Sin embargo, desde comienzos de la década de los noventa, y coincidiendo con la estada en Madrid del conde de Lobkowitz, los consejeros españoles se habían mostrado cada vez más reticentes a someterse a la injerencia imperial en los principales asuntos gubernamentales, como lo demuestran las reiteradas negativas del Consejo de Estado a acatar los dictados tanto de Lobkowitz como de los Harrach en cuestiones

<sup>154</sup> Véanse las obras de A. DE BAVIERA: *Mariana de Neoburgo...*, *op. cit.*; L. RIBOT: “La España de Carlos II”, *op. cit.*, y “La sucesión de Carlos II...”, *op. cit.*; DUQUE DE MAURA: *Vida y reinado de Carlos II*, *op. cit.*, o A. R. PEÑA IZQUIERDO: *De Austrias a Borbones...*, *op. cit.*



relacionadas con el desarrollo de la Guerra de la Liga de Augsburgo, la paz de Ryswick o la designación del sucesor del monarca.

Asimismo, la última década del reinado estuvo caracterizada por la proliferación de facciones cortesanas. A las diferentes alternativas sucesorias, bávara, francesa y austriaca, se sumaron otras banderías encabezadas por Grandes y Títulos que se constituyeron de manera más o menos esporádica. La adscripción de muchos de sus miembros a las mismas no pasaba de ser momentánea y su composición era, con frecuencia, muy heterogénea, vinculando a individuos cuyos ideales e intereses no siempre se correspondían completamente. Tal era el caso de los integrantes de la facción portocarrereña, por ejemplo, o incluso de la “camarilla”, donde la rivalidad entre sus miembros más influyentes: Berlips, el almirante y el padre Gabriel principalmente, fue un hecho entre 1697 y 1700.

La multiplicación de facciones y la pluralidad de opiniones reinante en su seno, afectaron al desarrollo de la actividad de los embajadores imperiales en Madrid y fueron también determinantes en la disgregación del partido alemán. Leopoldo I nunca se opuso frontalmente a la reina. Durante la etapa Lobkowitz, no se decidió a poner coto al ascendiente de Mariana de Neoburgo y su “camarilla” sobre la corte y el gobierno, propiciando así el incremento del descontento cortesano y el surgimiento de la bandería encabezada por el cardenal, que terminó enfrentándose a los “lados” de la soberana. La existencia de un grupo de poder propio encabezado por ésta fue un hándicap que mediatizó la labor diplomática tanto de Lobkowitz como de los Harrach y diversificó los esfuerzos de los prohabsbúrgicos de cara a la carrera sucesoria, en tanto en cuanto decididos partidarios de la Casa de Austria como Leganés pasaron a engrosar las filas de la facción portocarrereña movidos por el deseo de alejar a la “camarilla” del poder.

Pero, ¿por qué el emperador no se decidió a actuar con firmeza ante Mariana de Neoburgo y sus colaboradores? En un principio, Viena había sancionado el intervencionismo de la soberana en la administración, recuérdese su mediación en la primera caída y posterior regreso de Oropesa o en la evolución de la marcha de la guerra de Augsburgo. De hecho, ése había sido uno de los fines de su matrimonio con Carlos II: ubicar junto al monarca a una princesa proclive a los intereses de la rama austriaca de los Habsburgo. Por tanto, hubiera sido una contradicción que Leopoldo I desautorizara la influencia política de la soberana y sus adláteres, cuando su propio gobierno propiciaba esa influencia puntualmente, beneficiándose de ella en ocasiones. Por tal razón, desatendió las reiteradas peticiones de Lobkowitz en relación al retorno de los “alemanes” de

la reina. Tras la marcha de éste y durante los primeros momentos de las embajadas de los Harrach, la política imperial permaneció inmutable en ese punto. Pese a los repetidos esfuerzos de sus embajadores por contrarrestar los malos efectos producidos por el comportamiento del almirante, Berlips y el padre Gabriel en la corte, el gobierno imperial no se decidió a aprobar de manera explícita su alejamiento por varias razones. En primer lugar, porque su identidad nacional y la protección de la reina les hacían susceptibles de ser vistos como integrantes de la facción alemana y, en consecuencia, como proclives a la nominación de un heredero austriaco pero, sobre todo, por temor a atraerse el desagrado de Mariana de Neoburgo, lo que podría haber movido a la soberana a inclinarse hacia los otros candidatos a la sucesión. Con todo, la irresolución de Viena en este aspecto hizo que Aloys de Harrach buscara otros medios a través de los que restaurar el crédito del emperador en Madrid y redimir a la causa imperial del daño que el proceder de la reina le había acarreado. Ello le llevó a aliarse con la facción portocarrereña.

Así, las tímidas reconveniones de Leopoldo I a su cuñada a finales de 1698 llegaron demasiado tarde, puesto que la ofensiva de la facción encabezada por el cardenal Portocarrero y Leganés contra los “lados” de la soberana ya estaba en curso. La participación del embajador imperial en las intrigas finales del reinado, coincidió con el reforzamiento de la opinión profrancesa en el Consejo de Estado e imposibilitó toda colaboración entre Mariana de Neoburgo y Aloys de Harrach en la última fase de la resolución del conflicto sucesorio. La caída del almirante, consolidó la actitud independiente de la reina. Su afirmación: “¡No soy esclava del emperador!”, manifestaba su determinación a no someterse a los dictámenes de Viena. Ello no quiere decir que la soberana promoviera los derechos del duque de Anjou. Sólo que propugnó de forma decidida la candidatura del archiduque tardíamente y sus postreros avances sobre Carlos II fueron neutralizados por el cardenal, que aprovechó la impopularidad y aislamiento de la reina en la corte y la debilidad y división reinantes en el partido alemán para favorecer la designación de un nieto de Luis XIV como heredero del monarca.

En definitiva, junto al carácter inestable de sus relaciones con Mariana de Neoburgo, fueron la divergencia de intereses entre las dos ramas de la Casa de Austria en el último cuarto del siglo XVII, así como la complejidad y múltiples implicaciones político-diplomáticas del problema sucesorio, las que abocaron al fracaso las embajadas de Fernando y Aloys de Harrach en Madrid. Paradójicamente, Bertier, Harcourt, Berlips, Ariberti o el doctor Geelen llegaron a conocer

mucho mejor que Leopoldo I y sus ministros no sólo la corte española, también la idiosincrasia de sus cortesanos. Basten como ejemplo las lúcidas palabras que Bertier escribiera a Prielmayer a finales de 1698 y que, curiosamente, resultaron proféticas:

era cosa fácil e infalible, tenía el incensario en la mano y no conoce o no se acuerda del terreno de esta Corte, donde nada de esa calidad ha podido arraigarse durante el reinado, ni arraigará, probablemente, hasta la última extremidad<sup>155</sup>.

<sup>155</sup> Bernardo Bravo (Bertier) a Prielmayer. Madrid, 26 de septiembre de 1698 (G. MAURA GAMAZO y A. DE BAVIERA: *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, II, p. 851).